

**TRAGICOMEDIA DEL SERENÍSIMO  
PRÍNCIPE DON CARLOS**



*TRAGICOMEDIA DEL SERENÍSIMO  
PRÍNCIPE DON CARLOS*

*...Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta  
en sus andrajos, desprecia cuanto ignora. ¿Es-  
pera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada re-  
cuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada? Todo  
se mueve, fluye, discurre, corre o gira; cambian  
la mar y el monte y el ojo que los mira. ¿Pasó?  
Sobre sus campos aún el fantasma yerra de un  
pueblo que ponía a Dios sobre la guerra  
...Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta  
en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.*

ANTONIO MACHADO



Estrenada en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, el 12 de noviembre de 1980 con el siguiente

### REPARTO

TRADICIÓN	Antonio Montero
SUPERSTICIÓN	Santiago Álvarez
AMBICIÓN	Primitivo Rojas
LÍBIDO	Ana Hernando
BUFÓN	José Caride
FELIPE II	Simón Andreu
D. CARLOS	Manuel Galiana
INQUISIDOR	Toni Valento
CARLOS DE SESO	Fabio León
FRAY DOMINGO DE ROJAS	Antonio Alfonso
DUQUE DE ALBA	Vicente Vega
CARDENAL ACUÑA	Toni Valento
PRÍNCIPE DE ÉBOLI	Mauro Muñiz
ISABEL DE VALOIS	Charo Zapardiel
D. JUAN DE AUSTRIA	Antonio Jabalera
DIEGO DE ACUÑA	Antonio Alfonso
BARÓN DE MONTIGNY	Fabio León
MONJES	Juan Alberto Puente
	Ignacio García
	José M. <sup>a</sup> Sánchez
	Héctor Garrigós
Decorados y figurines	Emilio Burgos
Ayudante de Dirección	Lorenzo Zaragoza

Dirección  
ALBERTO GONZÁLEZ VERGEL

*Personajes*

CARLOS, príncipe de España

FELIPE II, rey de España

ISABEL DE VALOIS, reina de España

ESTEBANILLO, bufón del rey

JUAN DE AUSTRIA, hermano bastardo del rey

PRINCESA DOÑA JUANA, hermana del rey

HONORATO JUAN, preceptor del príncipe

MARTÍN DE GAZTELU, secretario del príncipe

GARCÍA DE TOLEDO, mayordomo del príncipe

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO, duque de Alba

RUY GÓMEZ DE SILVA, príncipe de Éboli

ERASO, secretario del rey

DIEGO DE ACUÑA, gentilhombre

BARÓN DE MONTIGNY, noble flamenco

CARDENAL ESPINOSA

FRAY DOMINGO DE ROJAS, hereje

DON JUAN MANUEL, obispo de Zamora

DON FERNANDO DE VALDÉS, arzobispo de Sevilla e inquisidor general

DOCTOR DAZA CHACÓN, médico del rey

DOCTOR PORTUGUÉS, médico del rey

PEDRO DE HOYOS, notario

OTRO NOTARIO

RUY GÓMEZ DE QUINTANILLA, barbero del príncipe

CARLOS DE SESO, noble hereje

MARTÍN NAVARRO DE AZPILICUETA, jurisconsulto

UN BOTICARIO

UN CONFESOR

EL PRIOR DEL CONVENTO DE ATOCHA

UNA MUJER DEL PUEBLO

UNA MOZA, SU HIJA

NOBLES, SOLDADOS, FRAILES, HEREJES, CAMARERAS, FAMILIARES DEL SANTO OFICIO, CLÉRIGOS, OBISPOS y UN ESCRIBANO

## PRÓLOGO

*En el centro de la escena se alza un tablado muy bajo –unos cuarenta centímetros–, y sobre él hay un altar con una cruz verde y dos púlpitos situados a ambos lados del altar, a los que subirán en su momento los secretarios encargados de leer las sentencias de los condenados. La cruz verde estará rodeada de doce antorchas blancas encendidas. Guardan la cruz cuatro monjes de la Orden de Santo Domingo y un piquete de alabarderos. En el extremo del tablado habrá un estrado al que se llega remontando ocho escalones, cubierto con un gran tapiz. Vemos dispuestos en el tablado tres sillones de terciopelo carmesí, apoyados en un dosel de igual tela y color, en donde campean las armas reales con las insignias de la Inquisición. A la derecha de este estrado habrá un lugar destinado al fiscal de la Inquisición, quien tendrá ante sí el estandarte del Santo Oficio, desplegado, sobre un pedestal. A la derecha del practicable semicircular habrá un espacio reservado al capítulo eclesiástico y la izquierda otro, para el capítulo seglar. En el centro, un lugar reservado para el rey y su cortejo.*

*(Se alza el telón. Los monjes rezan en latín y a media voz. Su oración resultará como un susurro monocorde y, en cierto modo, obsesivo. Amanece. Súbitamente se oyen decenas de campanas, unas más próximas y otras más lejanas, que vienen a romper la monotonía del rezo de los FRAILES. Éstos concluyen su oración.)*

FRAILE 1.– ¡Oíd, hermanos! Oíd cómo repican las campanas.

FRAILE 2.— ¡Ya salen, hermanos! ¡Ya salen todos! ¡La procesión ha comenzado!

FRAILE 1.— Los perezosos habrán de levantarse para llegar a tiempo a la santa ceremonia. ¡Arriba, perezosos! ¡Amanece!

FRAILE 2.— Radiante mañana de este bendito otoño del año de gracia de mil quinientos cincuenta y nueve.

FRAILE 1.— (*Poniéndose en pie.*) ¡Año Santo de Castilla! ¡Año de dichas! ¡Castilla ya tiene rey! ¡Está con nosotros! ¡Hermanos «sursum corda»! Su Majestad Católica, don Felipe Segundo, ha venido a la capital de las Españas desde lejanas tierras para dar a su pueblo una nueva y firme muestra de amor a Dios, de fe y de esperanza.

*(Mientras hablaba el FRAILE, por un lateral ha entrado un BUFÓN que se detiene y escucha la apasionada perorata del FRAILE.)*

BUFÓN.— ¿Por ventura, señor fraile, es menester que la fe y la esperanza y aun el amor a Dios los dé el rey?

FRAILE 1.— En tan gran día como el de hoy, así es, hijo mío.

BUFÓN.— ¿Hijo? ¿Yo hijo vuestro? Más bien diríais aborto vuestro. ¡O hijo de perra!

FRAILE 1.— ¡Ten la lengua, blasfemo!

BUFÓN.— Con mi condición y mi cuerpo hago lo que me place y digo cuanto me viene en gana. Que de un saco de basura nadie hace el milagro de sacar rosas.

FRAILE 1.— Ten la lengua, pecador. Hoy va a producirse el gran milagro.

BUFÓN.— ¿El de los panes y los peces?

FRAILE 1.— ¡El de que los tibios se encandilen! El de lograr que cuantos dudan ante la herejía vuelvan “per saeculan saeculorum” al camino de la fe y de la verdad.

BUFÓN.— (*Riendo*) El camino que lleva a las bogedas y a los lupanares.

FRAILE 1.— Calla, impío. Está llegando el propio rey don Felipe nuestro señor para mostrar a todo el orbe el único camino: el de la Santa Fe Católica.

BUFÓN.— ¿Y es menester mostrarlo como ha de hacerlo él?

FRAILE 1.— (*Contundente.*) «Ad maiorem gloriam Dei».



BUFÓN.— Pues será «Ad» mejor Gloria «dél», mas ¡por todos los santos del martirologio que a mí se me abren llagas en el alma y hasta en el culo al imaginar lo que ha de ocurrir.

FRAILE 1.— *(Pegando un cachete al contrahecho enano.)* ¡Irás a los infiernos, pecador!

BUFÓN.— ¡Allá nos encontraremos, hermano! *(Se aleja del FRAILE haciendo una pirueta para escapar de su iracunda acometida. Ríe provocador.)*

Y allí me holgaré compartiendo mi lecho con Satanás y con vos y vuestra barragana.

*(El FRAILE corre tras él tratando de agarrarle. El BUFÓN corretea por entre los alabarderos que parecen estatuas, inmóviles y fríos, incapaces de sonreír, de ver y, por supuesto, de pensar.)*

FRAILE 1.— Como te ponga la mano encima... ¡Tente! ¡Aquí, bribón! Si te cojo te despedazaré antes de que empiece la Santa Ceremonia!

BUFÓN.— *(Sin dejar de correr.)* ¿La de despedazar a los impíos?

*(Ríe y corre. El FRAILE se detiene jadeante.)*

FRAILE 1.— *(Mirando al cielo.)* Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas para acabar con él.

*(Respira hondo y vuelve a correr tras el enano. Uno de los FRAILES que permanecen arrodillados, uno que estará en primer término, toma un palo y con él traba las piernas del BUFÓN, que ha pasado muy cerca. El BUFÓN rueda por el suelo como una bola. Cuando va a echarle mano el FRAILE 1, él se arrodilla y junta las manos, en actitud de petición de clemencia.)*

BUFÓN.— *(Con fingido acento lastimero.)* ¡Piedad, santo Fraile! ¡Piedad para este pobre pecador, enemigo de herejes y herejías! ¡Piedad para este saco de basura que reza todas las noches cien padrenuestros y cien avemarías para pedir a los clementes cielos la eterna condenación del alma de Lutero!

FRAILE 1.— (*Conteniéndose. Jadeante y amenazador.*) ¡La ira del Cielo caiga sobre ti, si no tienes la lengua!

BUFÓN.— ¡El cielo es más piadoso que vos! ¡Os lo dice mi lengua!

FRAILE 1.— ¡Yo te la arrancaré con estas manos si no callas!

BUFÓN.— (*Irónico.*) ¿Echaríais a perder tan santas manos con un despojo tal vil como mi lengua?

FRAILE 1.— Despojos como la lengua de los pecadores y el corazón de los herejes purifican nuestras manos y alimentan nuestra santa fe.

BUFÓN.— ¡Vive Dios que es sanguinaria tal santificación! (*Ríe y se revuelca por el suelo.*) ¡Despojos de herejes, piojos, manos de cordero y sal y pimentón! ¡Buen banquete para el santo fraile reverente y creyente!

FRAILE 1.— (*Conteniendo su ira mira al cielo, con voz temblorosa.*) Señor, ya he consumido la paciencia que generosamente me has dado. ¡Basta de mansedumbre, Señor! ¡Tu dignidad clama reparación! ¡Tomemos la espada que en los Olivos tomara Pedro, aunque ello te incomode!

*(Coge la alabarda de uno de los alabarderos y arremete contra el enano, que medio a gatas, medio rodando, se aleja rápidamente, como un sapo oscuro e hinchado. Lejos se empieza a escuchar ruido de trompetas y opacos cánticos eclesiásticos. El dindón de las campanas se ha tornado frenético, ensordecedor. Por el lateral derecho entra el REY, al que acompañan su hijo el medio jorobado y cojitranco serenísimo príncipe don Carlos, que luce el toisón de oro; la princesa DOÑA JUANA, hermana del rey; el sobrino de éste, ALEJANDRO FARNESIO, príncipe de Parma, y un extenso cortejo en el que figuran embajadores, obispos, muchos obispos, condestables y nobles como el almirante de Castilla, los duques de Nájera y de Arcos, los condes de Oropesa, de Benavente, de Ureña y de Buendía y los marqueses de Denia y de Astorga. Todos se dirigen hacia el practicable. El FRAILE dominico que perseguía al enano se arrodilla ante el rey y se santigua a su paso. El enano ESTEBANILLO hace una grotesca reverencia al pie de la escalera que lleva al practicable.)*

BUFÓN.— *(Con grandes aspavientos, sin cesar de hacer ridículas genuflexiones.)* ¡Bien venido, señor don Felipe, al palenque de la Cristiandad! ¡Bien venido sea el rey católico a la Plaza Mayor de Valladolid, corazón y entrañas de las Españas! Sed bien venido, señor, a Castilla, en la que florece la pilla semilla de granujas y brujas, de infantes gigantes, de tiranos enanos y frailones tragones.

*(Gesto de burla al dominico. El REY ha empezado a subir los peldaños del practicable mientras se le cruza el BUFÓN, sin dejar de hablar, trabando las augustas piernas del monarca, que está en un tris de caer, pero como el cielo protege la alta condición de los monarcas, quien cae es el BUFÓN, lanzando un alarido. El príncipe ríe y tira una patada a ESTEBANICO, que no llega a alcanzarle.)*

JUANA.— *(Reconviniéndole.)* ¡Príncipe!

*(El príncipe ríe su gracia sin hacer caso del gesto de su tía. El rey acaba de llegar a lo alto del practicable y, mientras el cortejo se sitúa en los demás lugares, tras el rey aparece, como por arte de biribilirloque, la imponente figura, hierática y feroz, del inquisidor general, arzobispo de Sevilla DON FERNANDO DE VALDÉS. Como guardianes de excepción, aparecen también el obispo de Zamora don Juan Manuel y otros obispos.*

*Los latines de los dominicos dichos a media voz vienen a ser como un inefable arrullo de tan emotivo encuentro. Al llegar el rey ante el inquisidor, hinca su rodilla y le besa la mano. Don Fernando de Valdés bendice al rey y con gesto magnánimo le invita a levantarse. El lejano cántico de latines ya se escucha más cerca, llegando a confundirse con el susurro de la oración de los dominicos que hay en la escena. El rey se incorpora.)*

INQUISIDOR.— *(Voz campanuda, imponente.)* Majestad: como Inquisidor general de las Españas os ofrezco este homenaje de fe y de místico

recogimiento que el alma de Castilla desea tributaros. Los herejes que se acercarán hoy a vos y a la justicia divina son herejes condenados en el Auto de Fe que en esta misma plaza tuvo lugar hace cinco meses. Era deseo del Santo Oficio y de España entera guardar algunos condenados en el Auto de Fe del mes de mayo para que vuestros augustos ojos se solazasen con la grandiosidad del acontecimiento que va a celebrarse en esta hermosa mañana de octubre. Vuestra mirada podrá gozar ante la devoción de vuestro pueblo. Ojalá tan hermosa visión os haga olvidar tanta y tanta herejía e impiedad como han quedado allá en Flandes, a vuestra augusta espalda. ¡Contemplad esas gentes, señor! Más de doscientas mil almas se han llegado hasta Valladolid de todos los rincones de Castilla para aclamar a vuestra majestad y a vuestro hijo, el serenísimo príncipe don Carlos. *(A todos los presentes. Tras una pausa.)* ¡Hermanos! Si siempre es hermoso un Auto de Fe, ¿cómo ha de ser el que hoy preside nuestro rey y señor? *(Al rey.)* Esas gentes que apenas han concluido de pisar la uva y guardar el mosto en las bodegas vienen con el único anhelo de llenarse con vuestra augusta presencia. No hay para ellos mayor don que el de veros presidir en esta tibia mañana de otoño un Auto de Fe. No, no han venido, como pensarán muchos, para ganar los cuarenta días de indulgencia que generosamente concede nuestra Santa Madre Iglesia a quien asista al piadoso acto. Los que abarrotan esas gradas han ganado sobradas indulgencias en otras ocasiones. Están aquí, señor, como estamos todos vuestros vasallos, para hacer ante vuestra majestad conjunta profesión de inquebrantable fe, para unirnos a vos en la condenación de las heréticas doctrinas de Lutero. Las Españas os muestran en este día su noble deseo de no permitir que un solo ápice de herejía se mezcle con los granos dorados de esta tierra de héroes, de santos y de conquistadores.

*(Por la izquierda entra el cortejo de los condenados. A la cabeza va la cruz parroquial, cubierta con un velo negro; a continuación, varios clérigos y, tras ellos, los dieciocho condenados, entre los que figuran don CARLOS DE SESO; su esposa, Doña ISABEL; fray DOMINGO DE ROJAS, dominico; PEDRO CAZALLA, cura de Pedrosa; DOMINGO SÁNCHEZ, sacerdote de Logroño, y ocho religiosas del*

*Convento de Belén, de la Orden Cisterciense. Todos los sentenciados van cubiertos con el sambenito y tocan sus cabezas con mitras de cartón. Al cuello llevan una cuerda de esparto y en la mano un velón de cera verde encendido. A ambos lados de los condenados, rezando Padrenuestros en latín, dos filas de familiares del Santo Oficio. Cierran el cortejo un alguacil mayor que porta un arca con huesos, un corchete que enarbola la efigie de la beata vallisoletana Juana Sánchez y un grupo de hidalgos y familiares del Santo Oficio.)*

LOS FRAILES.— *(Cantan el «Vexilla Regis».)*

Ya sale el estandarte del rey:  
 ¡Todos te aclaman a ti, Misterio dorado!  
 Bendita Cruz, en la cual murió Su vida,  
 y con Su muerte restauró nuestra vida...  
 Oh, sagrada madera, en ti se cumplió  
 lo que anunció fielmente el santo David,  
 el cual dijo que sería colgado de un árbol  
 el Señor de todas las naciones del mundo.

*(Por el lateral contrario entran los miembros del Tribunal, tres inquisidores y el fiscal, que van a ocupar su sitio en el tablado del centro. Siguen al tribunal el Capítulo seglar y el Capítulo eclesiástico. Se colocan en sus respectivas tribunas, situadas en el practicable del fondo. Los reos van a ocupar un pequeño espacio acotado, especie de tribuna, donde quedan custodiados por los alabarderos que hacían guardia en el altar. Los alguaciles que llevan el arca con los huesos y la efigie de la Beata quedan con los sambenitados. Durante la entrada de los condenados ha cesado el ruido de campanas. Tras el silencio absoluto empieza a oírse un sordo ruido de pies arrastrándose y una opaca melopea de latines dichos con voz angustiada, melopea indescifrable y confusa que viene a hacer más tétrico el momento; melopea, al parecer, encaminada a*

*poner en trance el alma de los presentes y a hurgar en la conciencia de los reos herejes. DON JUAN MANUEL, OBISPO DE ZAMORA, sube a uno de los púlpitos. Al otro sube un notario.)*

OBISPO DE ZAMORA.— Hermanos, ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Es Él, Jesucristo, el que ha venido con agua y con sangre..., fijaos bien que no digo sólo con agua, sino con agua y con sangre. Y es el Espíritu Santo el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad... y en esta verdad, de San Juan, hermanos, y en esta sangre de San Juan, es donde hemos de asentar por los siglos de los siglos las inmovibles raíces de la fe. Porque sólo la fe es capaz de mover las montañas y hacer que el sol gire alrededor de la tierra y que los hombres partan su pan y capa con el hermano menesteroso y desvalido. ¿Y cómo ha de ser de otra manera, me pregunto y os pregunto, si no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que Dios ha sido quien nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados? Cuánta hermosura en ese amor infinito y cuánta ingratitud la de quienes vuelven la espalda al Señor y abrazan la herejía del Anticristo. Mas no temáis, hermanos, que en el amor no hay temor; por el contrario, el amor perfecto desecha el temor, pues el temor supone castigo y el que teme no es perfecto en el amor. En cuanto a nosotros, amémonos porque Él nos amó primero. Y si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso.

BUFÓN.— ¡Bravo! ¡Bravo!

OBISPO DE ZAMORA.— *(Sin detenerse en su alocución.)* El que no ama a su hermano que ve, mal puede amar a Dios que no ve. Y si no le ama, ¿a qué considerarle como hermano cuando es en realidad el Anticristo que viene a tentar nuestra firmeza y a ofrecernos mentiras impías como verdades evangélicas? Mirad todos en vuestro interior y ved cómo un seráfico fuego alimenta la fe y da a vuestro corazón la luz infinita de la piedad y la fuerza de todos los arcángeles del cielo. A vosotros, hermanos, que amáis a vuestro hermano, a vosotros que le amáis a Él porque primero Él os amó, yo os exhorto de nuevo para que ante estos herejes que pretenden traernos la Voz del Anticristo sepáis hacer más firme vuestro amor y ver en su destino el destino de todos cuantos no le

aman. No os dejéis arrastrar por falsos cantos de sirena y ved con la razón que de Él habéis recibido, que todo espíritu que confiesa su fe es de Dios y todo aquel que la niega es del Anticristo encarnado en cuerpos nauseabundos como el de Lutero. Hermanos, una vez más, vosotros habéis demostrado ser de Dios y haber vencido de nuevo y para siempre sobre ellos. Ahora ellos van a ser entregados por el Santo Oficio al brazo secular, que ejecutará las sentencias, mientras que vosotros, con el corazón lleno de amor y de esperanza y de caridad, tornaréis purificados a la lucha diaria sabiendo que en este día glorioso habéis ganado cuarenta días más de indulgencia. Nosotros sabemos, hermanos, que somos de Dios y que todo el mundo está en poder del Maligno. Nosotros estamos en el Verdadero Dios, que es la Vida Eterna. Hijos míos, guardaos de los falsos ídolos y alzad una plegaria hasta los cielos para que se apiaden de estos herejes hijos de Judas Iscariote, de Prisciliano y del Maniqueísmo, abortos de una humanidad que camina locamente hacia la eterna condenación. Y puesto que es el único elemento purificador, llevemos al fuego la herejía para que él la purifique reduciendo a cenizas lo que hiede. Mas la piedad de los piadosos es grande y nuevamente se producirá el gran milagro de que todos cuantos impíos han sido hoy condenados a la hoguera puedan retractarse hasta el último instante. Y aquel que se retracte recibirá primero garrote y luego que su alma haya partido camino del Juicio Final, su cuerpo será quemado, pues ha sido infestado por la herejía. Mas el que no se retracte sepa que irá vivo a la hoguera para que el fuego purifique no sólo la materia, sino también el verbo herético que vomitan sus bocas cual serpientes venenosas. «Si vis pacem, para bellum». (*Beatíficamente.*) Hermanos... ¡«Sursum corda»!

TODOS LOS PRESENTES.— ¡Amén!

INQUISIDOR.— (*Avanzando unos pasos hacia el rey.*) «Domine adjuva nos».

FELIPE II.— (*Desenvainando su espada, la alza.*) Mi espada siempre estará dispuesta en defensa del Santo Oficio.

INQUISIDOR.— Habiendo ordenado los decretos apostólicos y los Santos Cánones que los reyes juren favorecer la Santa Fe Católica y la religión cristiana, ¿jura Vuestra Majestad por la Santa Cruz que dará todo el apoyo necesario al Santo Oficio de la Inquisición y a sus ministros contra los herejes y apóstatas; contra los que los sostengan y favorezcan y

contra cualquiera que directa o indirectamente pusiese obstáculo a la acción del Santo Oficio; que obligará a todos los súbditos y naturales de sus reinos a que obedezcan y se conformen con las constituciones y cartas apostólicas dadas y publicadas en defensa de la Santa Fe Católica contra los herejes y contra los que los crean, reciban o favorezcan?

FELIPE II.— ¡Lo juro!

*(Grito unánime de la multitud. Luego, silencio. Rompe el silencio el redoble insistente de un tambor.)*

NOTARIO.— *(Desplegando un grande pergamino.)* Vanse a leer las sentencias recaídas en los procesos. *(Llamando.)* ¡Don Carlos de Sesó!

*(Empujado por un alabardero, avanza hacia el centro de la escena uno de los sambenitados, hombre aún joven y apuesto.)*

NOTARIO.— *(Leyendo.)* Don Carlos de Sesó, en sus declaraciones, se ha confesado incurso en errores protestantes, pero se ha mostrado arrepentido de ello y ha dado mil excusas, haciendo frecuentes protestas de querer morir como fiel hijo de la Santa Madre Iglesia. Mas todo ello ha sido así mientras creyó que podría salvar la vida. Luego que fue advertido de que a pesar de todo sería ejecutado, volvió a proclamar a los cuatro vientos con terca obstinación que persistía en sus errores de fe sin obras, en la negación del Purgatorio y en todas las herejías de la doctrina luterana. Condenado a morir vivo en la hoguera, este Santo Oficio ordena su entrega al brazo secular.

*(Avanzan dos Corchetes que toman al reo y le conducen frente al altar. El reo se vuelve.)*

D. CARLOS DE SESO.— Señor, Rey de las Españas, a quien tan fielmente he servido: ¿consentiréis que me quemén vivo?

FELIPE II.— ¡Si mi hijo fuera tan malo como vos yo mismo traería la leña para quemarlo! *(Lo dirá con voz fría, sin énfasis. Y añadirá en el mismo tono.)* Prosiga la lectura de sentencias.



NOTARIO.— (*Leyendo.*) Fray Domingo de Rojas también será entregado por sus ideas nefastas al brazo secular para ser ejecutada la sentencia de muerte.

FRAY DOMINGO DE ROJAS.— Majestad, mirad bien que aunque soy protestante y lo seré mientras viva...

*(Uno de los corchetes le amordaza. Le ponen junto a SESO.)*

NOTARIO.— Asimismo serán entregados al brazo secular, para que ejecute las sentencias, los herejes Pedro de Cazalla, cura de Pedrosa; Juan Sánchez; el presbítero Domingo Sánchez, catequizado en la Rioja por don Carlos de Sesó; las monjas doña Eufrosina Ríos, doña Catalina Ríos, tan fanática que llegaba a interrumpir a sus hermanas en el coro gritando: «¡Dad voces a Baal, pidiendo que os remedie!»; doña Margarita de Santisteban, doña María de Miranda y doña María de Guevara; y también Pedro Sotelo de Zamora y Francisco de Almarza de Soria. Igualmente se entregarán al brazo secular los huesos de la beata Juana Sánchez de Valladolid, que se suicidó en la cárcel con unas tijeras, negándose a recibir los Santos Sacramentos antes de expirar. Huesos y efigie serán quemados en la hoguera. Dado en Valladolid, a ocho de octubre de mil quinientos y cincuenta y nueve.

INQUISIDOR.— ¡Que Dios se apiade de vosotros! Cumpla el brazo secular lo que el Santo Oficio, por piedad, no osa cumplir.

*(Los alguaciles, ayudados por los corchetes y los alarbarderos, arrastran fuera a los condenados, mientras los cuatro dominicos dicen a coro, siguiendo a los que salen.)*

DOMINICOS.— ¡Arrepiéntete, alma podrida! Mira que aún es tiempo de reconciliarte con la Iglesia. ¡Arrepiéntete, oveja descarriada! Mira que estás a tiempo de librarte de la hoguera. ¡Arrepiéntete, saco de pecados y serás quemado después de morir agarrotado y no sentirás el horror del fuego en tu piel viva, y morirás en paz y en gracia de Dios! Muéstrate contrito de tus herejías y aún podrás aprovecharte de la indulgencia y

de la santa piedad del Santo Oficio. ¡Hinca tu rodilla! ¡Reza, pecador!  
 ¡Cien Avemarías! ¡Mil Avemarías! ¡Reza y será perdonado y tu alma  
 irá al Purgatorio!

*(Los gritos de los condenados se alzan, estridentes, sobre la melopea que dicen y repiten una y cien veces, sin cesar, los dominicos. Los tambores no habrán dejado de batir insistentemente durante toda la escena. Desaparecido ya de nuestra vista el cortejo, aún seguimos escuchando los gritos de los condenados, mezclados con las invocaciones de los dominicos.)*

NOTARIO.— *(Al rey.)* ¡Vuestra majestad miente como un bellaco!

FELIPE II.— *(Risueño y condescendiente.)* ¿Qué nueva locura te ronda la cabeza?

BUFÓN.— Seríais incapaz de quemar a vuestro hijo. ¡Habéis mentido!

FELIPE II.— ¡Si el príncipe, mi hijo, fuera tan malo como don Carlos de Seso, yo mismo arrimaría los palos a su hoguera. Y si tú lo fueras, a la tuya también, Estebanico!

BUFÓN.— Soy fiel y santo y pido que se abrasen eternamente los herejes. *(Se santigua. Rompe a reír y se revuelca por el suelo.)*

FELIPE II.— *(A su hermana.)* Así que se calcula que estos asientos albergan a doscientas mil almas.

BUFÓN.— ¡Doscientos mil traseros, majestad!

JUANA.— Eso parece, Señor... y todos han satisfecho su precio.

FELIPE II.— ¿Es elevado el precio?

JUANA.— Alrededor de veinte reales, unos con otros...

FELIPE II.— ¡Cuatro millones de reales...! ¡Bonita suma!

*(Telón.)*

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

*En Alcalá de Henares. Cámara del Príncipe, situada en el practicable. Una puerta, una cama y algún otro mueble.*

*(EL PRÍNCIPE DON CARLOS, sentado al borde del lecho en actitud pensativa. Le rodean su secretario MARTÍN DE GAZTELU, su preceptor, HONORATO JUAN y su mayordomo mayor GARCÍA DE TOLEDO.)*

PRECEPTOR.— ¡Alteza, haced un esfuerzo! ¡Es preciso!

D. CARLOS.— *(Sin alzar la vista.)* ¡No lo haré! ¡Mi elefante! ¡Quiero mi elefante!

MAYORDOMO.— ¡Mirad que si llega a oídos de vuestro padre el rey tan gran obstinación!

D. CARLOS.— ¡Al infierno! ¡Id allí con Satanás! ¡No lo haré digo!

SECRETARIO.— ¡Sed bueno, alteza!

D. CARLOS.— ¿Y por qué no sois buenos vosotros? ¿Por qué impedís que pase mi elefante?

MAYORDOMO.— ¿Cuándo se ha visto un elefante en la cámara de un príncipe?

D. CARLOS.— Ayer. ¡Y anteayer! Y muchos días desde que me lo regaló el rey de Portugal. Quiero mi elefante, ¿oís?

PRECEPTOR.— Si vuestro augusto padre se enterase de que entra en vuestra cámara un elefante...

MAYORDOMO.— Considerad que esa bestia no puede traeros más que graves disgustos.

D. CARLOS.— ¡Es mío y penetra donde a mí me place! ¿No penetran en la cámara del rey bestias de la más variada condición?

MAYORDOMO.— Faltáis a la verdad, alteza. Jamás bestia alguna entró en la cámara del rey.

D. CARLOS.— Ah, ¿no? ¿Qué me decís de las frecuentes visitas que le hacen a mi padre el de Alba y el de Éboli?

*(Alguno de los presentes esboza una sonrisa.)*

SECRETARIO.— ¡Mirad que las paredes oyen!

D. CARLOS.— ¡Al cuerno las paredes y mi padre!

MAYORDOMO.— *(Con paciencia.)* ¿Por qué no intentáis...?

D. CARLOS.— ¡Mi elefante! ¡Haced pasar a mi elefante!

*(GAZTELU, el PRECEPTOR y el MAYORDOMO se miran.)*

MAYORDOMO.— Bien, alteza. Permitiremos pasar al elefante si consentís en evacuar.

D. CARLOS.— No evacuaré aunque haya de vomitar las heces por la boca.

PRECEPTOR.— ¿Por qué os obstináis? Ese hombre espera hace tres días a que evacuéis, alteza.

D. CARLOS.— Que espere eternamente. *(Rompe a reír.)* Será curioso verle pasear día y noche, semanas y semanas, esperando la perla que me tragué por broma. *(Ríe estrepitosamente. Finge que gime.)* ¡Tres mil escudos, alteza! ¡Os habéis tragado en un amén tres mil escudos de mi alma! *(Seco. A los presentes.)* ¡No echaré esa perla mientras viva! ¿Lo oís?

MAYORDOMO.— Considerad que si llega a enterarse vuestro padre...

D. CARLOS.— ¡Tanto mejor! Así sabrá que el príncipe su hijo no es un vasallo más y que se traga perlas y no evacua y se acuesta en su cámara con elefantes... *(Con mirada perdida, a HONORATO JUAN.)* ¿Con quién os acostáis vos? *(Le mide con la mirada.)* ¡Bah! ¿Con quién ha de acostarse un anciano sino con perras libidinosas, con rameras gotosas y con efebos gordos? *(Ríe otra vez estrepitosamente.)* Ese indiano bribón acabará por perder el juicio de tanto esperar que mi culo alumbre su valiosa perla. *(Ríe más fuerte.)* ¡Tres mil escudos bailan en mis tripas! *(Serio.)* Decidle al punto que no evacuaré aunque se empeñen los mismísimos cielos.

MAYORDOMO.— ¡Mirad que si no evacuáis por vuestra voluntad será preciso pedir al doctor Daza que os prepare un purgante!

D. CARLOS.— ¡No te irrites, mi buen mayordomo! Dios sabe que te estimo tanto que si tú me pidieras de rodillas que evacuara, lo haría al punto, aquí mismo.

MAYORDOMO.— (*Arrodillándose.*) Evacuad, alteza; evacuad, por el amor de Dios. Que nadie ha de saber que os tragasteis la perla del indiano. Evacuad y...

D. CARLOS.— No evacuaré... Es decir... (*Pasea pensativo.*) Sí, lo haré si viene el rey a pedírmelo como vos, de rodillas.

MAYORDOMO.— (*Levantándose furioso.*) ¡Ordenaré preparar un purgante!

D. CARLOS.— ¡No lo harás! Hoy he de encontrarme con la hija del conserje... Cuando se ponga el sol... Luego vendrá a mi cámara y aquí platicaré con ella mientras nos acaricia el elefante con su trompa. (*Ríe estrepitosamente.*) Ella me ama. Más que todos vosotros... Ella me habla dulcemente al oído y me escucha y comprende que el rey, mi padre, es un miserable que me ha robado la esposa. El augusto puerco... ¡Doña Isabel era casi impúber cuando cayó en su lecho! Y la habrá prostituido igual que hizo con madame d'Aler y con Eufrosia de Guzmán y otras mil mujeres. ¿La habéis visto? ¿A doña Isabel, la reina? Es como un ángel en el mismísimo infierno de la corte. Un ángel rodeado de cardenales con tridente y con rabo, un ángel custodiado por hijos de Satanás con espadas ensangrentadas en Flandes. (*Se pone pálido. Se lleva las manos al vientre.*) ¡Maldita perla! ¿Dónde está el bacín? (*Se encoge un poco.*) Bonito príncipe conquistador, si hubiera de decir a esa muchacha: espérame manceba, voy a evacuar detrás de esos arbustos. Y me alejase de ella bajándome los calzones... (*Ríe estrepitosamente.*)

PRECEPTOR.— Vuestros parientes don Juan de Austria y don Alejandro Farnesio os esperan para cumplir el horario impuesto por el rey. Últimamente no lo observáis como al principio...

D. CARLOS.— ¡No quiero más horarios! (*Relatando el horario con aire monótono.*) Levantarse a las seis en verano y a las siete en invierno, asistir a las oraciones matutinas, desayunar..., oír misa en la capilla del arzobispo... (*Hace un inciso.*) Por cierto, ¿qué se ha hecho del buen arzobispo Carranza, amo de este palacio? ¿Vive aún? ¿Ha logrado ya el Santo Oficio mandarle a la hoguera? (*Cierra el inciso y sigue relatando.*) Des-

pués de misa, recitar el Veni Creator, estudiar dos horas de latines y filosofías, decir el Deo Gracias y almorzar a las once en público para solaz del pueblo.

*(Súbitamente sale corriendo. Desaparece por la puerta. Se oye un portazo.)*

MAYORDOMO.— ¡Loado sea Dios! Por fin, la naturaleza ha vencido la obstinación del príncipe. Pronto el indiano tendrá en sus manos la perla.

PRECEPTOR.— No es prudente permitir que el serenísimo príncipe tenga trato con plebeyas como la hija de los porteros.

MAYORDOMO.— Estad tranquilo. He ordenado clavar la puerta que da a la escalera del jardín.

GAZTELU.— Iré a comunicar la nueva a ese indiano.

*(MARTÍN DE GAZTELU sale. Fuera se oye barritar a un elefante. El MAYORDOMO enciende una luz, tal vez un velón.)*

PRECEPTOR.— ¿Pensáis permitirle que entre de nuevo ese animal en su cámara?

MAYORDOMO.— Así lo he prometido. Si logramos la perla, no habrá manera alguna de impedirlo.

PRECEPTOR.— Los servidores se quejan del olor que hay en la cámara cuando penetra el elefante...

MAYORDOMO.— Aunque hieda, siempre será mejor que el olor de una manceba...

PRECEPTOR.— Bien sabéis que su alteza no es hombre todavía y que nadie conoce comercio alguno, suyo, con mujeres.

MAYORDOMO.— *(Pensativo.)* Edad ya tiene...

PRECEPTOR.— Pero su contextura aún es muy débil. ..

*(Se abre la puerta y en ella aparece el príncipe con el bacín en alto.)*

D. CARLOS.— Vuestro botín, señores.

*(Avanza hacia donde están el MAYORDOMO y el PRECEPTOR y deja entre ambos el alto bacín, algo así como una especie de “perico” de buenas dimensiones.)*

D. CARLOS.— Buscad con ahínco. Sin duda ahí está lo que tanto esperabais.

*(Se oye un lejano repicar de campanas.)*

MAYORDOMO.— Permittedme el puntero, Honorato Juan. *(Toma el puntero. Al príncipe.)* Cuando os plazca, ordenaré que os traigan el elefante.

D. CARLOS.— ¡Meteos el elefante en vuestra cama! Yo he de ir a encontrarme con una garza tierna y bondadosa.

*(El príncipe sale. Los dos se miran y el MAYORDOMO mete el puntero en el bacín y revuelve con él su contenido.)*

PRECEPTOR.— ¿Halláis algo, don García...? *(El otro menea la cabeza.)* Tantead por el fondo... Aunque en verdad, pienso... ¿por qué no hacéis buscar a algún lacayo?

MAYORDOMO.— ¿Y dar así noticia a toda la corte de lo ocurrido?

PRECEPTOR.— Bien decís...

MAYORDOMO.— *(Con cierta alegría.)* Aquí. Aquí hay algo duro que se escapa.

PRECEPTOR.— ¿Es posible?

MAYORDOMO.— *(Entregándole el puntero.)* Tantead vos mismo...

PRECEPTOR.— *(Tanteando.)* Aquí, aquí, ya veo...

*(Cuando ha sacado el puntero, el MAYORDOMO se arregla y mete el brazo diestro, sin ocultar un cierto gesto de repugnancia. El otro le mira con gesto parecido. Tras un momento de busca, el MAYORDOMO saca la mano y alza triunfal entre los dedos la dichosa perla.)*

MAYORDOMO.— ¡Aquí está! ¡Vedla, amigo mío!

*(El otro se acerca y la contempla.)*

PRECEPTOR.— ¡Lástima de aquella vista que gozaba años atrás! Ahora mis ojos no alcanzan a percibir su oriente.

MAYORDOMO.— Ni los míos. Será preciso lavarla antes de devolvérsela al indiano. Encargaos vos mismo.

*(Entrega a HONORATO JUAN la perla y él toma el bacín.)*

MAYORDOMO.— ¡Honorato! ¡Os dejáis el puntero!

PRECEPTOR.— Dejadlo en el bacín.

*(Sale por un lateral el PRECEPTOR y por la puerta del excusado el MAYORDOMO. Casi inmediatamente se oye un golpe sordo seguido por un grito de mujer.)*

MUJER.— *(Fuera de escena.)* ¡A mí la guardia! ¡Socorro!

*(Se oyen voces confusas. Sobre ellas, una clara, que dice: “¡Dios mío! ¡El príncipe! ¡Ayudadme!”.* Otra voz: *“¡Mirad cómo sangra su cabeza!”.* Otra: *“¡Tomadlo con cuidado!”.*

*Las voces se oyen más cercanas. Murmullo incesante. Del excusado ha salido el MAYORDOMO. Entra despavorido MARTÍN DE GAZTELU. Apenas puede hablar.)*

GAZTELU.— ¡El príncipe! ¡Ha caído por las escaleras al saltar por una de las ventanas!

*(Entran guardias y servidores trayendo el cuerpo exánime del príncipe.)*

MAYORDOMO.— Jesús bendito, y pobre príncipe de España, rey en el infortunio... *(Le mira.)* Aquí, en el lecho, pronto. Avisad a los médicos al punto. Agua para limpiar la sangre que mana de su cabeza. *(Al PRECEPTOR.)* Qué hacéis ahí. Corred a la capilla. Orad. Orad hasta que cure nuestro príncipe, hermano.



(HONORATO JUAN *sale*. También ha salido alguno de los servidores. Alguien se acerca con una jofaina de agua y un paño.)

MAYORDOMO.— (*Poniendo un paño en la frente del herido.*) Alteza, ¿qué habéis hecho?

D. CARLOS.— Mi padre... ¡Avisadle! ¡Que venga el rey, por Dios!

(*Entra el DOCTOR DAZA CHACÓN con aire de persona importante.*)

DR. DAZA.— Veamos..., ¿qué ha ocurrido, alteza?

MAYORDOMO.— Cayó por la escalera al jardín. Mirad su cabeza... ¡sangra! Apenas conoce...

DR. DAZA.— (*Después de examinar la herida del príncipe.*) Nada, nada. Tenemos calma... ¡Ya veo! Una herida en la parte posterior izquierda de la cabeza...

MAYORDOMO.— ¿Grande?

DR. DAZA.— (*Negando.*) Como la uña de mi dedo pulgar.

MAYORDOMO.— ¿Grave?

DR. DAZA.— (*Aire de suficiencia.*) Bien lavada la herida y hecha una oportuna sangría...

MAYORDOMO.— ¿Sangría? Mirad que sangra como un manantial... Acaso no convenga...

DR. DAZA.— Don García, ¿pretendéis enseñar al doctor Daza Chacón cómo debe curar al Serenísimo Príncipe? Se le pondrán sanguijuelas en la espalda. Tantas como sea preciso para extraer unas ocho o diez onzas. ¡Vamos! Su alteza está sangrando. Traigan las sanguijuelas sin demora.

(*Oscuro.*)

## ESCENA II

*Un salón en el palacio del arzobispo Carranza*

*(El MAYORDOMO DON GARCÍA DE TOLEDO habla con los DOCTORES JUAN GUTIÉRREZ, protomédico de FELIPE II, PORTUGUÉS y PEDRO DE TORRES. Junto al MAYORDOMO está también el DOCTOR DAZA CHACÓN.)*

MAYORDOMO.— ¡Ruego a todos que atiendan! Nadie acusa a nadie de falta de ciencia ni de desatenciones al augusto enfermo. Se trata de ver cómo salvar la vida de don Carlos. El doctor Vesalio ha dispuesto que se haga la trepanación, el doctor Portugués la ha realizado primorosamente, el doctor Pedro de Torres ha colaborado con admirable ahínco y vos, mi buen doctor Daza, no habéis regateado sanguijuelas. Todo ha sido ejemplar en vuestro comportamiento, pero lo cierto es que su majestad el rey llora desconsoladamente la desgracia y que todos tememos por la vida del Serenísimo Príncipe don Carlos.

DR. DAZA.— Mientras se realicen intervenciones ajenas a la ciencia médica, ni Vesalio ni mis colegas, ni yo mismo, podemos considerarnos responsables de lo que pueda ocurrir. ¿De qué han de servir las consultas que venimos celebrando en presencia del propio rey don Felipe si las desafortunadas intervenciones...?

*(Entran el rey y el DUQUE DE ALBA. El rey camina lentamente, con gesto de honda preocupación. Se hace un largo silencio. Todos se inclinan.)*

FELIPE II.— ¿Habéis examinado hoy a mi hijo? ¿Habéis visto cómo ya apenas murmura palabras sin sentido? ¿Habéis visto su rostro hinchado y oscurecido?

DR. PORTUGUÉS.— Sí, majestad.

FELIPE II.— ¿Qué opina la ciencia?

DR. DAZA.— Señor, la ciencia ha hecho todo cuanto estaba en su mano.

FELIPE II.— ¡Mi hijo se muere!

DR. PORTUGUÉS.— Aún es prematuro aventurar un resultado. Apenas ha transcurrido el plazo necesario para afirmar que la trepanación ha sido un fracaso. Vuestra majestad vio cómo las gotas de sangre que manaron del cráneo tenían muy buen aspecto...

FELIPE II.— (*Sentándose abatido.*) Pero el príncipe tiene el rostro oscurecido, casi negro...

DR. PORTUGUÉS.— Tal vez el hematoma..., aunque... (*Deja la frase en el aire.*)

FELIPE II.— ¿Qué? ¿Concluye!

DR. PORTUGUÉS.— (*Con decisión.*) Pienso, majestad, que es muy posible que el rostro de su alteza esté tan negro y tan hinchado por culpa de los ungüentos que le ha administrado ese curandero moro.

FELIPE II.— ¿El Pinterete?

DR. PORTUGUÉS.— Sí, majestad.

FELIPE II.— ¿Olvidas que fui yo quien mandó traer a ese morisco de Valencia?

DR. PORTUGUÉS.— No lo olvido.

FELIPE II.— ¿Olvidas que sólo después de aplicarle el morisco sus ungüentos habló el príncipe con cordura...?

DR. PORTUGUÉS.— Sí, dijo: “¿Qué están haciendo de mí esos grandes asnos?”, refiriéndose a nosotros, los médicos.

FELIPE II.— Su cabeza no rige bien... No obstante habló, cosa que no había hecho desde hace muchos días.

DR. PORTUGUÉS.— Luego cayó otra vez en el sopor...

FELIPE II.— (*Levantándose, irritado.*) ¡Y qué hacéis vosotros! ¿Criticar la actitud de un padre que desea volver a la vida a su hijo? ¿Criticar a vuestro rey? ¿Qué deseáis? ¿Qué se marche el curandero? Bien, sea. Yo ordeno que al momento se satisfaga su precio al Pinterete y que a uña de caballo se marche de Alcalá. (*Más calmado.*) Y ahora, vosotros, mis médicos, tenéis la última palabra. ¡Salvad la vida de mi hijo! En él he puesto mi esperanza de padre, mi tranquilidad de rey. (*Todos miran al rey en silencio. El rey se encara con ellos.*) Os he librado del morisco, ¿qué pensáis hacer?

DR. DAZA.— Esperar el resultado de la trepanación.

FELIPE II.— ¿Sólo esperar? ¿Lo oyes tú? (*Mira al DUQUE DE ALBA.*)

DUQUE DE ALBA.— Sí, majestad, y con gran pesar...

FELIPE II.— ¿Se ordenó al menos cuanto dispuse?

DUQUE DE ALBA.— Ayer partieron los correos llevando vuestras órdenes para que en todo el reino se hagan rogativas y procesiones.

FELIPE II.— ¿Se dispuso que en cada procesión saliesen junto con el Santo Sacramento las reliquias del Santo más venerado en el lugar?

DUQUE DE ALBA.— Sí, majestad. A estas horas en todas las ciudades del reino comenzarán procesiones de rogativas por la curación del Serenísimo Príncipe.

FELIPE II.— ¿Y que salieran disciplinantes en todas ellas?

DUQUE DE ALBA.— Sí, majestad, disciplinantes... La reina ha enviado noticia de que ora incesantemente en la Basílica de Nuestra Señora de Atocha y que vuestra hermana la princesa Juana va en penitencia frecuentemente descalza hasta el Monasterio de Nuestra Señora de la Consolación...

FELIPE II.— (*Al MAYORDOMO.*) ¿Pudo tomar la comunión el príncipe?

MAYORDOMO.— Con esfuerzo, ¡pero comulgó! Hubo que abrirle la boca.

FELIPE II.— ¿Veis cómo sólo vosotros os limitáis a esperar? Mientras toda mi casa y toda España eleva sus plegarias al cielo, ¿qué hace la ciencia? Se cruza de brazos y espera. ¿Qué esperáis? ¿Un milagro? ¿Que nuestras oraciones conmuevan al Creador? Si es así, decidme, ¿para qué se precisa la ciencia?

DR. PORTUGUÉS.— Los procesos de cada enfermedad no se producen súbitamente. La ciencia ha establecido unos plazos de espera que pueden ser más largos o más breves, pero que han de cumplirse...

FELIPE II.— Quieran los cielos que mi hijo viva so pena de que pague la ciencia su muerte. (*Encarándose a los médicos.*) ¡Haced algo, digo! (*Breve silencio.*)

DUQUE DE ALBA.— Majestad... Nada más sacaréis de estas mentes dadas al escepticismo... Ellos, incluido el eminente Andrés Vesalio, son pobres seres mortales... Si algo ha de lograrse no será de ellos...

FELIPE II.— ¿De quién entonces?

DUQUE DE ALBA.— (*Con fervor.*) ¡De los cielos!

FELIPE II.— (*Con fervor.*) ¿No bastan las procesiones, las oraciones y...?

DUQUE DE ALBA.— Se puede hacer algo más.

FELIPE II.— Hágase sin demora. Es preciso que viva, que el rey tenga en quien fiar su trono. ¿Le oísteis cuando logró hablar un instante? (*Conmovido casi con lágrimas en los ojos.*) ¡Padre, si siento morir es por no poder llegar a ver a mi hermanito, el nascituro de la reina...! (*Sollozan-*

*do se tapa el rostro.*) Hijo mío... (*Súbitamente mira al de ALBA.*) ¿Qué ha de hacerse?

DUQUE DE ALBA.— Durante el reinado de don Enrique IV de Castilla, hace cien años, vivió y murió en olor de santidad un franciscano llamado fray Diego. (*FELIPE le mira absorto.*)

FELIPE II.— ¿Qué relación hay entre ese franciscano y la salvación de mi hijo?

DUQUE DE ALBA.— La intercesión de fray Diego puede ser milagrosa. Se habla de sus milagros con fervientes motivos... Sus restos se conservan no lejos de aquí, en el monasterio de Jesús y María.

FELIPE II.— ¿Sugieres que vayamos allí a rogar?

DUQUE DE ALBA.— (*Asiente.*) Aunque fuera mejor, tal vez, traer aquí su cuerpo y ponerlo en contacto con el roto cuerpecito de su alteza...

FELIPE II.— (*Con su mirada radiante por la esperanza.*) ¿Cómo ha de negarnos ese santo fraile su favor? Esta misma noche irá el rey con su séquito en procesión hasta el monasterio de Jesús y María para traer aquí el cuerpo de ese fraile.

MAYORDOMO.— Majestad, la noche es oscura y tormentosa.

FELIPE II.— Y tú, ¿no eres más oscuro que la noche? ¿No cayó mi hijo por tu culpa?

*(El MAYORDOMO baja la cabeza y retrocede un paso ante el tono agresivo del rey. Entra el venerable anciano HONORATO JUAN con los ojos hinchados por el insomnio y cubriéndose con una manta.)*

PRECEPTOR.— Majestad. El príncipe delira nuevamente.

FELIPE II.— Sí, Honorato Juan, delira... Por culpa de estos enemigos de la Humanidad. (*Se encara con los médicos.*) Vuestra ciencia, ¿qué es? ¿Una patraña? Sabéis qué os digo: ¡que sois muy sospechosos!

*(Sale seguido por el DUQUE DE ALBA.)*

*(Oscuro.)*

## ESCENA III

*En la cámara del príncipe.*

*(Junto a la cabecera del príncipe, MARTÍN DE GAZTELU contempla al enfermo. Noche de tormenta, noche tempestuosa. Entran HONORATO JUAN y el MAYORDOMO.)*

PRECEPTOR.— *(Acercándose al príncipe.)* Ved como la hinchazón de la erisipela oculta ya sus ojos.

MAYORDOMO.— Respira débilmente.

*(Se empieza a escuchar una oración recitada en latín.)*

GAZTELU.— ¿Oís?

MAYORDOMO.— ¡El rey llega!

*(Se oyen algunos truenos. Las voces se van aproximando ante el silencio de los presentes. Por fin entra en la estancia una extraña procesión. Ante un ataúd portado por cuatro franciscanos con la capucha echada, ocultando sus rostros, viene un franciscano con cruz alzada. Detrás del ataúd, DON FELIPE II, el DUQUE DE ALBA y algunos otros cortesanos. También viene un obispo en el cortejo. Los frailes no depositan el ataúd en tierra hasta que ha concluido la oración. Van entrando los médicos en silencio. Quedan en segundo plano. Padrenuestro en latín dicho por los frailes mientras depositan el ataúd en el suelo.)*

DUQUE DE ALBA.— *(Al concluir el padrenuestro.)* Dicen que es preciso que el enfermo toque el cuerpo del fraile...

FELIPE II.— ¡Saquen el cuerpo del ataúd!

*(Los frailes se afanan por desclavar la tapa. Ruidos hasta que logran abrirlo.)*

FELIPE II.— *(Mirando al príncipe. Se acerca a él.)* Carlos, hijo mío, ¿me oyes...? *(Silencio. El príncipe no se mueve.)* Es preciso que tu mano toque este bendito cuerpo...

*(Consiguen abrir la tapa.)*

UN FRAILE.— Oled, hermanos. ¿No oléis como un perfume? Es la fragancia refrescante de nuestro hermano el bendito fray Diego. ¡Olor de santidad!

FELIPE II.— Huele, hijo mío; huele... *(Le observa.)* ¿Por qué no haces un esfuerzo? *(Le mira fijamente.)* Apenas respira... ¡Doctor Daza!

DOCTOR DAZA.— *(Avanzando.)* Señor...

FELIPE II.— No le oigo respirar... *(Mientras DAZA examina al príncipe.)* Apresuraos; su vida se le escapa...

DUQUE DE ALBA.— ¿No podrá tocar este cuerpo?

FELIPE II.— Tomadle la mano...

DUQUE DE ALBA.— Si depositamos el cuerpo en el lecho...

DOCTOR DAZA.— Está tranquilo. Respira suavemente No hay peligro inminente, majestad...

FELIPE II.— ¡Al lecho, sí!

*(Los cuatro frailes toman el cuerpo del fraile y le colocan en el lecho junto al enfermo, por la parte visible desde el espectador. El rostro del fraile, mejor dicho, de la momia del fraile, está cubierto con un sucio y agujereado paño de lino que un siglo atrás habría sido blanco.)*

UN FRAILE.— Señor, oye las súplicas que desde el lecho del serenísimo príncipe te hacemos por intercesión de tu siervo Diego. Dale a nuestro serenísimo príncipe don Carlos la vida que parece huir de su cuerpo doliente. Óyenos, Señor de los cielos. Es el hijo de tu católico hijo y siervo Felipe II de España.

FELIPE II.— *(Al de ALBA.)* Tomad la mano de mi hijo. Ponedla sobre el cuerpo de ese fraile.

DUQUE DE ALBA.— Pienso, majestad, que podríamos poner el paño del fraile sobre la frente de su alteza...

FELIPE II.— ¿Por qué?

DUQUE DE ALBA.— El beneficio sería más próximo y seguro.

FELIPE II.— ¡Póngasele el paño!

*(El propio DUQUE DE ALBA pone el trapo en la frente del herido. Oraciones de los frailes en latín. DON FELIPE cae de rodillas y ora. Poco después se oye un horrísono trueno. DON FELIPE se pone en pie. Va hacia su hijo. Le besa. Le mira. Luego se vuelve hacia el DUQUE DE ALBA.)*

FELIPE II.— Tú quedarás aquí. Yo parto con el alma deshecha hacia el Convento de San Jerónimo. Allí permaneceré en constante oración hasta que lleguen noticias tuyas dándome cuenta del desenlace. Te encargo que dispongas personalmente cómo han de hacerse los funerales. *(Otro trueno.)*

DUQUE DE ALBA.— Majestad, ¿y si ocurre el milagro?

FELIPE II.— Te ocuparás de que el primer acto del príncipe al abandonar el lecho sea el de pesarse, y cuatro veces su peso en oro y siete en plata se reparta entre los conventos más necesitados.

UN FRAILE.— *(Arrodillándose ante el rey.)* ¿Olvidaréis en esa dádiva al convento de Fray Diego?

FELIPE II.— *(Al duque.)* La primera donación se hará al monasterio franciscano de Jesús y María.

UN FRAILE.— Dios bendiga a su majestad...

PRECEPTOR.— Venid, doctor, ¡ya no respira! ¿O sí...?

FELIPE II.— Oh, cruel incertidumbre. Oh, feroz destino. ¿Hasta cuándo jugarás con el corazón de un padre angustiado? *(Transición.)* Cuidadle mucho, caballeros. Yo no puedo quedar aquí más tiempo.

DUQUE DE ALBA.— ¿Partiréis hacia Madrid en esta noche de infernal tormenta?

FELIPE II.— Así el cielo disponga enviarme un rayo bienhechor.

DUQUE DE ALBA.— Recordad a Lutero, majestad.

FELIPE II.— *(Santiguándose.)* Perdóname, Señor, no sé lo que me digo. *(Al del ALBA.)* Mantened vigilancia, procurad que pase aquí el fraile toda la noche... Hijo mío... *(Besa de nuevo al hijo. Sale rápido.)*

*(El duque se acerca al lecho.)*

DUQUE DE ALBA.— *(A DAZA, que concluye su examen.)* ¿Expira ya su alteza?



DR. DAZA.— No, señor duque. Más bien diría que... (*Calla. Silencio.*)

VARIOS DE LOS PRESENTES.— ¿Qué?

DUQUE DE ALBA.— ¡Hablad, doctor Daza!

DR. DAZA.— Que su respiración se ha hecho más firme y reposada, que parece ceder la hinchazón de su rostro...

DUQUE DE ALBA.— ¿Podrá sanar?

DR. DAZA.— Ved, colegas, el aspecto del enfermo. (*Los médicos se acercan y le miran.*) ¿Qué opináis, caballeros?

DR. PORTUGUÉS.— Que evidentemente el enfermo muestra un estado más plácido, más satisfactorio.

DUQUE DE ALBA.— ¿Sanará?

DR. PORTUGUÉS.— Es muy posible.

UN FRAILE.— ¡Hermanos! ¡Un nuevo milagro de fray Diego de Alcalá!

*(Los cuatro frailes caen de rodillas.)*

DR. DAZA.— ¿Habrà hecho su efecto la trepanación?

DR. PORTUGUÉS.— (*Con sorna.*) ¿O tal vez han hecho efecto los ungüentos del curandero morisco?

UN FRAILE.— ¡Arrodillaos todos, hermanos! Oremos en acción de gracias por este inefable milagro. Oremus: Pater noster qui est in coelis, sanctificetur nomen tuum, etc...

*(Los médicos, a regañadientes, se arrodillan y se unen a la plegaria. Oscuro.)*

#### ESCENA IV

*Cámara del rey, con una pequeña mesa de trabajo sobre la que hay apilados muchísimos memoriales*

*(Entran en ella el CARDENAL ESPINOSA y FELIPE II. UN PAJE trae varios memoriales en la mano. Con ellos también llega el BUFÓN ESTEBANILLO.)*

CARDENAL ESPINOSA.— Los memoriales, majestad.

*(A una indicación del rey, los deja el paje sobre la mesa, se inclina y sale.)*

FELIPE II.— Este bendito pueblo piensa que soy omnipotente.

CARDENAL ESPINOSA.— *(Halagador.)* Lo sois, señor.

*(FELIPE ríe y va a sentarse a su mesa. Contempla satisfecho los memoriales.)*

FELIPE II.— ¿Qué se sabe de Roma?

CARDENAL ESPINOSA.— *(Turbado. Sin saber de qué va.)* Oh, pues... Su Santidad se muestra más propicio que nunca a España.

FELIPE II.— ¿Hay noticias de la canonización de ese santo...?

CARDENAL ESPINOSA.— *(Cayendo.)* ¡Ah! ¿Os referís al negocio de fray Diego de Alcalá?

FELIPE II.— Pronto será San Diego de Alcalá...

CARDENAL ESPINOSA.— Sin duda alguna..., pero es preciso que transcurra algún tiempo.

FELIPE II.— Tierra de santos este reino mío, cardenal Espinosa. Santos que aún aumentarán, concluidos los soplos de herejía.

CARDENAL ESPINOSA.— Gracias a vos, señor.

FELIPE II.— ¿Imagináis que Roma puede negar la canonización de fray Diego de Alcalá...? *(Niega el CARDENAL.)* Tampoco yo. Es inimaginable después del testimonio que di sobre el milagro... ¿Conocéis de otros santos que hayan hecho milagros en alguna familia reinante...? *(Niega el CARDENAL.)* Tampoco yo. *(Se levanta. Pasea, soñador.)* Aunque acaso me falle la memoria, porque no es posible que los cielos hayan distinguido sólo a la Casa de Austria...

CARDENAL ESPINOSA.— *(Melifluo y halagador.)* No en balde sois el católico rey don Felipe.

FELIPE II.— *(Pensativo.)* Cierto...; sin embargo, también llaman cristianísimos a los reyes de Francia... *(Sombrío.)* No sé por qué, a fuer de sincero. ¿Conocéis la insensatez de mi suegra? Nuestro embajador escribe escandalizado por la blandura con que Catalina de Médicis trata a los

herejes. No los castiga, Espinosa. Mi suegra acabará con la condición de cristianísimo del trono francés. No me apena. Considero preciso ganar con gran esfuerzo los títulos... Si el que ocupa el trono de Francia gusta de llamarse cristianísimo, que lo sea. Que lo sea de veras y sin pamplinas. (*Escandalizado.*) Dejar que los herejes pululen por las calles... ¡Qué escarnio! ¿Lo sabe Roma?

CARDENAL ESPINOSA.— Sin duda, lo sabrá.

FELIPE II.— Sí, conviene que lo sepa, Espinosa..., ¿está ya en Madrid el círculo de la Santísima Virgen?

CARDENAL ESPINOSA.— Aún no ha llegado.

FELIPE II.— Menester será traerlo de Tortosa. La reina ha de parir ceñida con él.

CARDENAL ESPINOSA.— Calmaos, majestad. Se ha dispuesto todo para que llegue con tiempo a la corte.

FELIPE II.— Mejor será, sin duda. Caso de no llegar..., ¿qué reliquia consideraréis oportuna para el alumbramiento?

CARDENAL ESPINOSA.— El lignum crucis, o el báculo de Santo Domingo, o los cabellos de Santa Dorotea, o la barba de San Matías, o el brazo de San Eugenio...

FELIPE II.— ¡Ah, no; eso no! El brazo de San Eugenio no saldrá de Toledo como no sea unido al cuerpo.

CARDENAL ESPINOSA.— Sabéis que los franceses no permitirán que salga de la Abadía de Saint-Denis.

FELIPE II.— No, ¿eh? Leed. (*Toma un papel.*) Leed la carta que me envía don Pedro Manrique desde París.

CARDENAL ESPINOSA.— (*Lee. Luego habla conmovido.*) ¡Loado sea el señor que va a permitir que el cuerpo del arzobispo se una al brazo para siempre! El brazo y el cuerpo...

BUFÓN.— ¿Quiénes son los culpables de la mutilación de los santos, majestad? Mandad que los degüellen por profanadores. (*Fingiendo gran dolor, a gritos.*) Nuestro señor el rey ordena castigar el comercio de menudillos de santos. ¡El católico rey don Felipe prohíbe en todo el orbe la desmembración de los Santos Inocentes!

FELIPE II.— (*Ligeramente irritado.*) ¡Calla, Estebanico! Tus bromas me placen cuando no son impías. Al menos respeta la presencia del inquisidor...

CARDENAL ESPINOSA.— Sé bien cómo es vuestro bufón.

BUFÓN.— ¡Embustero! ¡No sabéis nada de mí! ¿Acaso sabéis qué hago todas las noches cuando se acuesta su majestad?

CARDENAL ESPINOSA.— Nada de procacidades. ¡Nada!

BUFÓN.— Está bien. Puesto que os empeñáis, os lo diré. Limpio el polvo a todas las reliquias de mi señor.. Y las ordeno y las recuento. Si vierais... De todas partes del orbe llegan reliquias para el rey. ¡Hasta de los más remotos y más impíos lugares! De todos los Santos del Martirologio tenemos reliquias. Dedos, uñas, corazones, ojos, narices, pestañas, hígados admirablemente conservados, tibias y peronés de todos los tamaños.

CARDENAL ESPINOSA.— (*Espantado.*) ¡Calla! ¡Calla monstruo del Averno!

BUFÓN.— (*Con fingido gesto de obediencia.*) Está bien, callaré. (*Al rey.*) Pero si no rehabilitáis mi nombre ante el cardenal Espinosa, me iré sin deciros el último gran chisme del alcázar.

FELIPE II.— (*Al CARDENAL.*) Aunque habla de forma lenguaraz, no miente. Él ayuda a limpiar mi relicario. Y os advierto que salvo de San José, San Juan Evangelista y Santiago el Mayor, tengo reliquias de todos los demás.

CARDENAL ESPINOSA.— ¿No tenéis nada de San Juan Evangelista?

FELIPE II.— Nada, nada...

CARDENAL ESPINOSA.— Creo que lograré enviaros un canino.

FELIPE II.— ¿De veras? Cardenal..., os aseguro que me haréis el hombre más dichoso del mundo. Si vierais con qué santa avaricia había buscado infructuosamente... Si vierais cuántas cartas escritas implorando, sin éxito... Si supierais cuántos caballos reventados en la estéril empresa...

CARDENAL ESPINOSA.— Nada prometo a vuestra majestad, mas...

FELIPE II.— Gracias, amigo mío. Esas reliquias son las que me ayudan a gobernar rectamente, las que vuelven la salud a los míos, las que alientan y fortalecen más, si cabe, mi inquebrantable fe. ¡Corred! ¡No os demo-réis! Que el triunfo os acompañe en tan santa empresa! Cuando creéis que...

CARDENAL ESPINOSA.— (*Gesto vago.*) Acaso años...

FELIPE II.— ¡No importa! ¡Adelante!

CARDENAL ESPINOSA.— Majestad...

FELIPE II.— Cardenal... (*El CARDENAL, que se había inclinado ceremoniosamente, sale. El REY habla entusiasmado.*) ¡Un canino de San Juan Evangelista!

BUFÓN.— *(Gesto de complicidad.)* ¡Qué bribón sois, señor! Sabéis que no existe en todo el mundo canino alguno de San Juan Evangelista. Estáis rabiando por saber lo que se habla en la cámara de la reina, ¿verdad?

FELIPE II.— *(Fríó, pero autoritario.)* Habla ya de una vez.

BUFÓN.— ¿Me daréis un condado? Prometedlo y os lo diré.

FELIPE II.— *(Más calmado.)* ¡Habla ya, Estebanico!

BUFÓN.— Dad al menos una canonjía a este pobre servidor.

FELIPE II.— ¿Qué se dice en palacio?

BUFÓN.— Que habéis nombrado Mayordomo del príncipe a vuestro amigo el de Éboli, para así saber si es cierto lo que anda en bocas de la corte y del pueblo.

FELIPE II.— ¿Y qué es lo que anda en bocas?

BUFÓN.— Que el Serenísimo Príncipe don Carlos, vuestro hijo, es... ¡capón!

*(Rompe a reír escandalosamente y sale haciendo piruetas el enano. El rey queda inmóvil un instante, parece atónito, perplejo. Luego va hacia su mesa y se dispone a escribir. Queda pensativo. Por fin toma la pluma y escribe. De vez en cuando hace alguna pausa. La reina DOÑA ISABEL DE VALOIS entra con gesto alegre y caminar vivo y levemente desenfadado. Es joven, tiene dieciocho años y una gran dulzura en su risueño rostro.)*

ISABEL.— ¡Carta de Francia, esposo! Carta de Francia llena de chismes divertidos y nuevas de todas clases. Escuchad: “Madama mi hija...” *(Repara en que su marido el rey está trabajando.)* Disculpad, señor. Fue tanta mi alegría cuando el embajador San Sulpicio me entregó la carta que corrí a mostrároslo sin pensar que son horas de despacho y podía importunaros.

FELIPE II.— *(Levantándose cortés y ceremonioso.)* Jamás importunáis, doña Isabel. *(Fríamente.)* Vuestra madre, la reina Catalina, ¿se encuentra bien?

ISABEL.— ¡Admirablemente! ¡Y llena de ilusiones futuras! ¿Sabéis que mi hermano Carlos está a punto de ser coronado rey de Francia? Y que ella... *(Calla y mira al rey.)*

FELIPE II.— ¿Por qué calláis?

ISABEL.— *(Turbada.)* No, no era nada importante.

FELIPE II.— ¿Dice algo de los hugonotes en su carta?

ISABEL.— Nada dice. ¿Debía decirme algo?

FELIPE II.— (*Mirada perdida, un tanto tenebrosa.*) Todo mi reino, España entera, aguarda la fausta nueva del exterminio de los hugonotes.

ISABEL.— (*Ingenuamente.*) Escribiré a la reina de Francia para hacerla saber que estáis muy dolido con los hugonotes.

FELIPE II.— Dolido, no. Isabel... Sois demasiado joven y confundís las palabras... Comprended rectamente... estoy dolido por la pasividad de vuestra madre y de sus consejeros ante la incomprensible libertad que gozan en Francia los calvinistas y aun los luteranos... Respecto a los hugonotes, lo único que anhela mi corazón de cristiano es que sean exterminados totalmente.

ISABEL.— ¿Por qué? Dejadlos vivir. Sólo así, con el tiempo, podrán conocer sus errores. ¿Por qué no dejar la vida que ha dado el Creador a todas sus criaturas? Que sea Él quien disponga de todos... entendedme... También de los herejes. ¿Sabéis que la otra noche entró en mi alcoba un murciélago? (*Gesto vago del rey.*) Era un animal feo, sin gracia, repugnante. Revoloteaba por la estancia y en torno a las antorchas, tan torpemente que resultaba ridículo. ¿Os imagináis? (*El REY asiente casi maquinalmente.*) Se golpeaba contra los reposteros y contra las paredes y su sombra diabólica se cernía sobre nosotras. Doña Ana de Mendoza gritó espantada y llamó a grandes voces a su paje. Quería matar al murciélago a toda costa. Yo me negué, ¿sabéis?

FELIPE II.— ¿Por qué os negasteis?

ISABEL.— Porque aunque feo, un murciélago en vuelo es algo vivo, algo que forma parte de nuestro propio mundo. Por un momento imaginé su cuerpo inerte y despanzurrado, sin vida... Y pensé que es más bonita la vida, aún de los seres más feos, que la muerte, aunque se trate del más bello cuerpo... Vos mismo me habéis hablado de la belleza de vuestra madre. Y todos cuantos la conocieron, se hacen lenguas de su hermosura... Vos me habéis relatado en más de una ocasión que al llegar a Granada los restos mortales de la reina y ser descubierto el ataúd, un noble paje espantado ante la horrible visión huyó de la corte para entrar en religión. ¿No se llamaba Francisco de Borja?

FELIPE II.— Mi madre era muy bella... sí... (*Transición.*) ¿Acaso con el cuento del murciélago intentáis despertar mi piedad por los herejes?

ISABEL.— ¡Dios me libre, señor! (*Muy turbada.*) Sólo deseaba relataros lo que me aconteció. Y ahora, si dais licencia, me retiro.

FELIPE II.— Isabel... (*Ella se detiene.*) Mi padre el emperador, en su lecho de muerte, se mostró arrepentido de no haber ejecutado a Lutero a raíz de la dieta de Worms, cuando podía haberlo hecho. Y me pidió a gritos que combatiera la herejía como si fuera la peste.

ISABEL.— (*Aturdida.*) Os felicito por tanta lealtad a los últimos deseos de vuestro padre. Sois tan buen hijo como esposo. Sin embargo... os ruego que lo comprendáis... No defiendo, ni amo, ni gusto de la herejía, pero pienso que acaso el destino podría hacer un día de este hijo, que golpea mi vientre, un amigo de las ideas heréticas, y al pensarlo...

FELIPE II.— (*Contundente.*) Jamás, doña Isabel, jamás ocurrirá eso, os lo aseguro. Si ocurriera, no tardaría un instante en entregárselo al verdugo.

ISABEL.— ¿Vos, tan buen padre? ¿Vos que tanto queréis y disculpáis al príncipe don Carlos? Vos que...

FELIPE II.— Yo, sí. El católico rey de la católica España.

*(Largo silencio. Ella le mira de hito en hito mientras en un movimiento inconsciente de defensa lleva las manos a su vientre.)*

ISABEL.— ¿Consentiríais en verlo... sin vida?

FELIPE II.— (*Suave, dulcemente, en tono conciliador.*) No ocurrirá tal, señora. El cielo protege con su infinita bondad a la Casa de Austria. (*La toma por los brazos cariñosamente.*) España vive días de gloria. La fe es cada vez más fuerte en nuestro pueblo y la reina espera el fruto de nuestro matrimonio. Pronto habrá un heredero del trono.

ISABEL.— Un heredero... (*No comprende bien.*) Quiero decir... otro heredero, ¿para qué? Vos tenéis ya heredero, señor.

*(Un silencio. FELIPE II se aleja unos pasos de su esposa. Se detiene luego.)*

FELIPE II.— Don Carlos es muy joven. Y no está casado. Sólo cuando un príncipe tiene descendencia puede considerarse como firme heredero.

ISABEL.— Podéis casarle cuando os plazca. ¿Sabéis que mi madre desea casar a mi hermana Margarita con vuestro hijo?

FELIPE II.— Es muy joven aún. Margarita tiene ocho años menos que mi hijo.

ISABEL.— También María Estuardo ofrece su mano con insistencia. Y la boda sería muy beneficiosa para vos y para...

FELIPE II.— (*Cortándola con una fría sonrisa.*) Hay que considerar esa unión muy despacio. Acaso no sea conveniente.

ISABEL.— Últimamente el príncipe se muestra muy propicio a la archiduquesa Ana de Austria. Ha recibido de ella un retrato que muestra con ardor a toda la corte...

FELIPE II.— (*Seco.*) Mi hijo, el príncipe don Carlos, se halla en tal estado que hay tiempo sobrado para pensar en todo ello.

ISABEL.— Sus desvaríos son fruto de la edad. Veréis como si casa con dama de su agrado, sentará la cabeza.

FELIPE II.— No me refiero a sus veleidades, señora.

ISABEL.— Entonces no os comprendo.

FELIPE II.— En el alcázar se habla de que el príncipe tiene una enfermedad que le hace incapaz para la descendencia.

ISABEL.— ¿Hacéis caso de los chismes que corren por el alcázar?

Felipe II. ¿Lo habéis oído vos? (*Ella calla.*) ¿Así que lo sabíais? (*Como si meditase en voz alta.*) ¿Imagináis qué sería de la grandeza de esta corte si llega a probarse la certeza de ese chisme? ¿Que el príncipe de España no es un hombre como todos? ¿Que mi hijo es impotente para dar descendencia a mis reinos?

ISABEL.— (*Dulcemente.*) Pensad en él; si ello es cierto, será él quien con más fuerza sienta el peso de semejante vergüenza. Acaso es ésa la gran razón de tantos desvaríos.

FELIPE II.— Señora, sois mi esposa y estáis aquí para dar descendencia a mi familia, no para servir de bálsamo a las miserias de mi hijo. (*Largo silencio.*) Disculpadme, pero...

ISABEL.— Comprendo vuestro ánimo, señor...

(*Se inclina y sale.*)

(FELIPE II va a la mesa y concluye de escribir.)

FELIPE II.— (*Llamando.*) ¡Eraso! ¡Eraso!



*(Pronto entra un SECRETARIO.)*

ERASO.— Majestad...

FELIPE II.— Bien conoces cuáles son mis más leales procuradores en cortes. Haz copias de este escrito y entrégaselas a ellos sin demora. Habrán de recibirlas antes de que se celebre la próxima junta. Preciso es que se apruebe esta propuesta.

*(Oscuro.)*

## ESCENA V

*(Entran en la sala de armas DON CARLOS y su tío DON JUAN DE AUSTRIA. Éste tiene aproximadamente la misma edad que su sobrino. Viene contemplando un pequeño retrato de una dama.)*

- D. JUAN.— ¿Quién es, don Carlos? ¿Y por qué habláis de ella con tanto misterio?
- D. CARLOS.— ¡Sst! No debe enterarse el rey Gómez.
- D. JUAN.— ¿Llamáis de tan irrespetuosa manera a vuestro padre?
- D. CARLOS.— Si la hallase, de peor manera le llamaría... *(Ríe.)* No, no es a él a quien llamo así. ¡Es el nombre que dan a mi mayordomo!
- D. JUAN.— ¿A Ruy Gómez?
- D. CARLOS.— *(Asintiendo, divertido.)* ¿Sabéis por qué? *(El otro niega.)* ¡Porque empieza ya a mandar más que el propio rey!
- D. JUAN.— *(Repitiendo, divertido.)* Rey Gómez a Ruy Gómez... *(Ríe.)* Y si no manda más el de Éboli es porque el rey, mi hermano, ha sabido repartir el valimiento entre él y el Duque de Alba...
- D. CARLOS.— *(Con rabia.)* ¡Ese sarmiento seco! ¡Ese pellejo triste armado hasta los dientes! Bien decís... también tiene ganada la voluntad de mi padre... Y el de Éboli, ¿sabéis que es un espía? ¿Sabéis que mi padre le ha nombrado Mayordomo mayor de mi casa para que le informe de todo cuanto hago? Él no debe enterarse de que Dietrischtein me ha dado este retrato de mi prima Ana.

- D. JUAN.— ¿De manera que es la archiduquesa Ana de Austria?
- D. CARLOS.— (*Asintiendo.*) Es muy bella, ¿no os parece?
- D. JUAN.— En efecto.
- D. CARLOS.— (*Rotundo.*) ¡Me casaré con ella!
- D. JUAN.— (*Volviendo a mirar el retrato.*) ¿Entonces ya no casaréis con la escocesa María Estuardo?
- D. CARLOS.— ¡Que se case mi padre con ella! Yo quiero a mi prima la austríaca. Y aunque no lo permita el triste viajero, me casaré con ella. Habéis visto sus ojos... Miran tan tiernamente...
- D. JUAN.— Debéis ser cauteloso al plantear al rey vuestras preferencias por doña Ana.
- D. CARLOS.— ¿Con qué habilidad ni qué cautela decidió él casarse con mi prometida doña Isabel, la que hoy es mi madrastra? ¡El viejo puerco! Casó con ella y aún hubo de esperar a que tuviera el sexo en condiciones, pues a la sazón ni era mujer para yogar con ella.
- D. JUAN.— Los negocios de Estado exigen gran paciencia y las bodas entre príncipes son negocios de Estado. Pensad que también Catalina de Médicis os quiere para yerno.
- D. CARLOS.— ¿Me suponéis capaz de acostarme con una niña como la princesa Margarita? Bien está que lo hiciera mi padre con su hermana Isabel... Sabed que no aceptaré jamás imposición de esposa. Escribiré a mi prima Ana. Ya he empezado a estudiar el alemán.

*(Toma una espada. Ahora será más notable la desproporción de su mano derecha, y todo el lado derecho, con respecto al lado izquierdo. Pasa la espada a su mano izquierda.)*

- D. JUAN.— (*Tomando otra espada con gesto despreocupado.*) No debéis hablar de ello. No conviene que se conozca en el alcázar.
- D. CARLOS.— ¿Acaso he de callar eternamente? ¿Qué ha hecho mi padre por mí, sino dejarme en manos de mi tía, la princesa Juana?
- D. JUAN.— Os nombró no hace mucho presidente del Consejo.
- D. CARLOS.— ¿Y cuánto duró aquello? El rey no quiere un heredero como yo. (*Gesto soñador.*) La reina es buena conmigo, ¿sabéis? Jugamos a los naipes y reímos y me trata con tanto cariño...

D. JUAN.— (*Alarmado.*) ¿La amáis?

D. CARLOS.— (*Llegando ligeramente.*) Me gusta que me quieran. ¿A vos, no?

D. JUAN.— Hasta a las fieras más salvajes les agrada. (*Transición.*) ¡En guardia, príncipe!

(DON CARLOS *se pone en guardia con la espada en la mano izquierda.*)

D. CARLOS.— ¡Preparado!

D. JUAN.— (*Bajando su espada.*) ¿Qué hacéis? ¿Tomáis la espada con la mano contraria?

D. CARLOS.— Así la tengo con más fuerza. Sabéis que tengo débil el brazo diestro.

D. JUAN.— No, no, no. Es preciso que toméis la espada con la diestra. Si aprendéis alemán, será para hablarlo, al menos, con vuestra archiduquesa... Si tomáis la espada debéis esgrimirla con gallardía...

D. CARLOS.— ¡Temo no poder...!

D. JUAN.— ¡Cambiad de mano, príncipe!

(DON CARLOS *cambia la espada de mano, tomándola a duras penas con la derecha.*)

D. JUAN.— ¿Preparado?

D. CARLOS.— Sí.

(DON JUAN DE AUSTRIA *ataca*. DON CARLOS *trata de defenderse torpemente*. *Apenas transcurridos unos momentos, la espada acaba por caer de la mano del príncipe*. *Los dos se miran*. DON CARLOS *se coge la mano derecha con la izquierda, sin poder reprimir un gesto de rabia.*)

D. JUAN.— ¡Vamos! Tomad la espada.

(DON CARLOS *se arrodilla para cogerla*. *La coge con la mano izquierda*. *Sin ponerse en pie, ante la mirada de su tío, la pasa a la mano derecha que cede ante el peso*. *El*

PRÍNCIPE *la toma por la hoja con la mano izquierda y la arroja lejos de sí. Luego, casi sollozando, golpea rabiamente el suelo con los puños.*)

- D. JUAN.— *(Ofreciéndole su espada.)* ¡Vamos, príncipe, alzaos!
- D. CARLOS.— Me habéis vencido. No quiero alzarme, don Juan. Idos. ¡Dejadme tranquilo! ¡No quiero ver a nadie! ¡Ni a vos!
- D. JUAN.— Considerad que...
- D. CARLOS.— Considerad vos que quiero estar solo. ¿O acaso también mi tío, don Juan de Austria, desea reírse del ridículo príncipe don Carlos? Reíd si es vuestro gusto. Reíd cuanto os plazca.
- D. JUAN.— Señor, sabéis que os tengo en gran estima y me complazco con vuestra amistad... *(Se acerca más al príncipe, que continúa arrodillado.)*
- D. CARLOS.— Lo sé, don Juan, amigo mío... *(Se abraza a las piernas de su tío.)* ¿Sabéis una cosa?
- D. JUAN.— *(Muy violento, tratando de soltarse.)* ¡Por Dios, alteza!
- D. CARLOS.— En mi lista de amigos figuráis en segundo lugar.
- D. JUAN.— *(Violento.)* Más me agradaría ocupar el primero.
- D. CARLOS.— El primero le ocupa la reina doña Isabel. Ella es como un ángel... y vos, también. Cuando vos me miráis, me ocurre igual que cuando me mira la reina. Siento deseo de abrazaros y de esconderme en vuestro regazo. ¡Estoy tan harto del regazo de mi tía doña Juana! Recuerdo que siendo aún muy niño y ella viuda ya, las largas noches de invierno venía a mi lecho a consolarme. Y sentía el vello de su sexo cerca de mi barriga. Un calor muy tibio, un calor que latía como un pájaro moribundo. *(El tío ha logrado soltarse.)* Pero yo no la quiero a mi tía Juana. Han sido muchas horas en su lecho, muchas noches de consuelo... *(Se ha dejado resbalar hasta quedar sentado en el suelo.)* Pienso que no era casual la reiteración de esa tibieza cada noche. ¡Está loca! ¡Como su tatarabuela y como mi abuela! Sólo piensa en que enterró su condición de hembra el día que enterraron a su marido y la echaron de Portugal, quitándole su hijo. Esta loca, ¿sabéis? Como mi padre. Ella sólo quiere sentir algo vivo entre las piernas. ¡Que se acueste con mi santo padre y que me deje en paz! Sabéis que no logro... *(Se corta. Un silencio.)* Sí, me casaré con doña Ana. Con ella sí lograré... *(Mira a DON JUAN fijamente.)* ¿También vos lo sabéis? También os han dicho

que no logro portarme como varón con las hembras? (*Habla despacio.*) Es cierto, ¿sabéis? Pienso en mi tía, en las largas noches del invierno, en su respiración ahogada y en sus palabras al oído hasta que me dormía. Y soñaba que una mano muy suave me acariciaba la entrepierna hasta hacerme sentir lo que jamás logro sentir despierto. ¿O acaso pensaba que soñaba lo que era realidad? Sí... sin duda, no soñaba... ¿Estaré también loco como ella, como mi padre, como toda mi santa familia de católicos lujuriosos? (*Ríe estrepitosamente.*) El gran fornicador de los españoles y de los herejes es el hermano de la gran zorra doña Juana, hijo de vuestro padre garañón, primero de España y quinto de Alemania, nieto de Juana, la loca del colchón, y padre del príncipe desgraciado. No, no, no, no, no estoy loco. ¡Son ellos los locos! Los que desean volverme el juicio. Mi tía Juana tiene casi diez años más que yo... Otras mujeres meten en su lecho incluso perros. Ella metía al niño, a su sobrino el príncipe, y si estaba con fiebre, mejor... ¡Cuánto placer no habré sacado la gran puta a mis repetidas tercianas! Cuanto más fuerte era mi calentura más parecía temblar ella. No era miedo ni frío. ¡Era otra cosa que yo no sabía y que ahora sé y que tengo metida aquí, aquí, aquí, aquí!

*(Se golpea violentamente la cabeza con las manos. Ha quedado casi hecho un ovillo en el suelo. Solloza.)*

D. JUAN.— Señor, alzaos...

*(Cuando se inclina con la intención de ayudar al príncipe a levantarse entra el PRÍNCIPE DE ÉBOLI. Mira la escena con evidente perplejidad.)*

RUY GÓMEZ.— Alteza... ¿qué os ocurre?

D. CARLOS.— (*Fría expresión.*) Río, porque mi pariente don Juan de Austria acaba de contarme un cuento muy gracioso... y me he caído de risa. (*En este momento es cuando empieza a reír estrepitosamente.*)

RUY GÓMEZ.— (*Tomando la espada que hay caída en el suelo y colocándola en su lugar.*) Su majestad el rey desea veros.

D. CARLOS.— Decid a su majestad el rey que yo no deseo verle a él.

D. JUAN.— Don Carlos... No debéis...

*(Le muestra con cierto disimulo el retrato de la archiduquesa Ana, que había dejado en alguna parte antes de empezar el asalto de esgrima.)*

D. CARLOS.— *(Poniéndose lentamente en pie.)* ¿No ha ido su majestad hoy a las Cortes?

RUY GÓMEZ.— No, alteza.

D. CARLOS.— *(A DON JUAN.)* Cuando mi padre desea ardientemente que voten algo las Cortes, no asiste. Da órdenes secretas a los procuradores más leales... Obispos, secretarios y nobles con la lengua gastada de tanto sacar brillo a sus reales nalgas. *(Al de ÉBOLI.)* ¿Qué hacéis ahí, príncipe de Éboli, que no corréis a contarle esta nueva desvergüenza de su hijo? ¡Vamos, corred! Pero dad un rodeo y no paséis muy cerca de vuestra cámara. Acaso la princesa de Éboli está acostada... ¡con alguien!

RUY GÓMEZ.— *(Sonriente y frío.)* Vuestras bromas son muy descarnadas, alteza.

D. CARLOS.— No son bromas, Ruy Gómez; es la pura verdad. Vuestra esposa es una gran ramera... Mas qué importa, ¿verdad? Si el rey Felipe luce en su frente la corona de España, el Rey Gómez no ha de ser menos y puesto a lucir, luce los cuernos más airosos y nobles de esta corte. ¿No habéis reparado en que la católica España parece un gran lecho de gatos en celo cada noche? ¿Y que el único que no fornicia es el loco, el hereje príncipe don Carlos? *(Quita violentamente el retrato de las manos de su tío.)* Rey Gómez, ¿dónde se halla mi padre? ¿Está en oración o está acostado con alguna dama? A propósito, Rey Gómez, ¿vos no tenéis amante?

*(RUY GÓMEZ le mira congestionado, a punto de estallar; no obstante, hace una reverencia servil a la que el príncipe responde con una carcajada estentórea. Con gesto desafiante, soberbio, DON CARLOS mira a su MAYORDOMO y sale renqueando.)*  
*(Oscuro.)*

## ESCENA VI

(ESTEBANILLO trata de llegar con su ojo de enano hasta el ojo de la cerradura que hay en la puerta de la cámara regia. Cuando más afanado se halla en el estéril empeño, cruza la escena un caballero. El enano disimula y entre cortés y servil, pero siempre grotesco, hace su habitual reverencia mientras habla con tono profundamente irónico.)

BUFÓN.— ¿Cómo ha encontrado hoy el real caballero las reales ancas de las reales bestias de sus reales majestades? Cuide mucho de adecentarlas y alimentarlas bien, que en el pienso de las bestias está el sustento de la corona. *(El caballero le mira con desprecio y después de apartarle de su camino, en el que obstinadamente se ha cruzado, continúa hasta desaparecer en la dirección que llevaba. ESTEBANILLO se apresura a volver a su actitud de observación. Ahora trata de mirar por la rendija. Escucha y luego intenta pegar su ojo al de la cerradura. Aunque se pone de puntillas, no lo consigue. Queda un palmo por encima de él. Entra el príncipe DON CARLOS con su bamboleante caminar; pero esta vez el enano no se inmuta. Por el contrario, gruñe.)* Maldito sea quien ordenó poner tan altas las cerraduras. Sin duda nadie dijo a semejante necio que quienes han de mirar por ellas son los enanos del alcázar.

D. CARLOS.— *(Ríe.)* ¡Maldito aborto! ¡A veces tienes gracia!

BUFÓN.— Y vos también, os lo he dicho mil veces. Son los gajes de lo ridículo. Vos y yo formamos la gran pareja de desventurados. Lo ridículo atrae a este pueblo ridículo, señor... Considerad nuevamente que podríamos ser la pareja de pícaros que mejor despertaría por doquier la hilaridad y la piedad... Nos haríamos de oro.

D. CARLOS.— ¿Y renunciaríais a los gajes del rey?

BUFÓN.— *(Cínico.)* ¡No, pero sería de ver...! *(Los dos ríen. Confidencial.)* ¿Sabéis de qué se habla en la cámara? *(Señala dentro.)* ¡De vos! ¡Aupadme un poco!

D. CARLOS.— *(Cogiendo con gesto de contrariedad el brazo inútil.)* No puedo alzarlo con sólo el brazo útil.

BUFÓN.— *(Contrariado.)* Por la rendija escucho hablar al rey con una dama.

D. CARLOS.— ¿La reina?

BUFÓN.— ¡Ella habla suavemente, pero no logro adivinar quién pueda ser! Se me ocurre una idea. ¡Vos escucháis y yo miro!

D. CARLOS.— ¿Cómo?

BUFÓN.— Si quisierais servir de burro yo podría empinarme y ver mientras vuestra alteza con la oreja pegada a la rendija, oía lo que hablasen.

D. CARLOS.— ¿Dices que hablan de mí?

BUFÓN.— En efecto.

D. CARLOS.— ¿Qué decían?

BUFÓN.— Algo sobre un acuerdo de las Cortes.

D. CARLOS.— ¿Qué esperamos? ¡Arriba!

*(El príncipe, sin dudarlo, se ha echado al suelo a cuatro patas pegando su cuerpo a la puerta de manera que su oreja quede exactamente en la rendija.)*

BUFÓN.— ¿Dais licencia, alteza, para que me alce sobre vuestros lomos?

D. CARLOS.— *(Interesado en lo que se habla dentro.)* ¡Sube ya!

*(El enano salta sobre el príncipe. Mira por el ojo de la cerradura. Ahora puede hacerlo holgadamente.)*

BUFÓN.— Alteza... *(Se inclina hacia él y habla con voz apagada.)* ¡Qué gran pareja debemos componer los dos más importantes tullidos del reino!

D. CARLOS.— ¿Con quién habla mi padre?

BUFÓN.— Con vuestra tía doña Juana. ¿Oís vos lo que dicen?

D. CARLOS.— *(Repitiendo lo que oye.)* Las Cortes, hermana mía, lo han pedido. Y esta vez concretan vuestro nombre. Vos, doña Juana, seréis la esposa de mi hijo.

BUFÓN.— ¡Ella sonrío complacida!

D. CARLOS.— Dice que es el más trascendente acontecimiento de su vida desde que hubo de partirse de Portugal.

BUFÓN.— ¡Algo más dice! ¡Se ha puesto en pie!

D. CARLOS.— Que ha renunciado a todos los casamientos que le fueron propuestos desde que enviudó por ver llegar este momento. *(Comenta para sí.)* ¡La muy...! El momento que espera no llegará jamás.



BUFÓN.— ¡Y el rey también se ha alzado! ¿Qué dice?

D. CARLOS.— ¡Calla! Habla muy quedo. ¡No logro oír!

BUFÓN.— ¡Por su gesto nada grato parece que diga! *(En este instante entra por el lateral y queda sorprendido al ver el cuadro, DON DIEGO DE ACUÑA. ESTEBANILLO le ve, cuando DON DIEGO llega cerca del ridículo grupo.) (Saltando ágilmente al suelo.)* Bienvenido, don Diego de Acuña.

ACUÑA.— ¿Qué hacéis?

BUFÓN.— Su alteza y yo jugábamos a un juego que ideé el otro día. ¿Queréis que os lo explique?

ACUÑA.— *(Seco.)* ¡Ese juego es eterno! Alteza...

D. CARLOS.— *(Muy interesado por lo que se dice dentro.)* ¡Calla! *(Para sí.)* ¡Parecen comadreja! *(Se incorpora ya sin el peso del enano sobre sus lomos y escucha casi arrodillado.)* Sí, seguid, seguid, comadreja... Eso creéis vosotros, pero aún habréis de oírme.

ACUÑA.— ¡Alzaos al punto, alteza!

D. CARLOS.— ¡Vete al infierno! ¡Calla!

ACUÑA.— Mirad que si alguien os viera...

*(Trata de alzarle, tomándole por un brazo. El príncipe hace un brusco movimiento para soltarse.)*

D. CARLOS.— ¡Suéltame, Acuña!

ACUÑA.— Es preciso que os comportéis como cuadra a vuestra condición.

D. CARLOS.— Vete al infierno. ¡Y calla! *(Vuelve a escuchar.)*

ACUÑA.— ¡Si alguien os viera así!

D. CARLOS.— ¡Quiero oír, Acuña!

ACUÑA.— ¡Apartaos digo!

D. CARLOS.— ¡No lo haré!

ACUÑA.— *(Llegando a él nuevamente y cogiéndole fuertemente por el brazo le obliga a alzarse.)* ¡Ya basta, señor!

D. CARLOS.— *(Encarándose a él.)* ¿Quién te permite poner tus manos sobre mí?

BUFÓN.— ¡Sólo las pezuñas de un enano pueden caer sobre el príncipe!

ACUÑA.— Disculpad, mas era preciso... Debo velar por...

D. CARLOS.— *(Abalanzándose sobre él.)* ¡Hideputa! *(Le golpea brutalmente. ACUÑA simplemente trata de evitar los golpes.)* ¡Ya estoy harto de espías! *(A golpes le hace caer y el príncipe cae sobre él fuera de sí.)*

ACUÑA.— ¡Alteza, vuestra dignidad!

D. CARLOS.— ¡Qué dignidad le cabe a un príncipe a quien todos persiguen! Tú eres de ellos. ¡Uno más! ¡Miserable! ¡Traidor, bellaco!

*(ACUÑA trata de gritar, pero el príncipe le tiene asido por el cuello y no puede hacerlo.)*

BUFÓN.— *(Corriendo de un lado para otro.)* ¡A mí la guardia! ¡El príncipe está fuera de sí! Va a matar a don Diego de Acuña.

*(En realidad lo dice para que se oiga dentro de la cámara. La puerta de la cámara se abre y en ella aparece el rey. Detrás, a dos pasos queda su hermana la princesa. El rey avanza hasta el lugar donde forcejea con ACUÑA el príncipe, a horcajadas sobre su servidor y aún apretándole el cuello.)*

FELIPE II.— ¡Alzaos! *(El príncipe mira a su padre y sonríe estúpidamente. Deja de apretar el cuello de ACUÑA.)* ¿Qué haciais?

D. CARLOS.— ¿Por qué siempre estáis a punto para impedirme hacer lo que debo?

FELIPE II.— ¡Alzaos, digo! *(El príncipe lentamente se levanta. Luego, doliéndose del cuello, se levanta DON DIEGO DE ACUÑA.)*

FELIPE II.— ¿Qué ha ocurrido, don Diego?

ACUÑA.— Majestad, llegué cuando su alteza escuchaba detrás de la puerta. Le reconvine, le rogué que cambiase de actitud, pero no quiso.

D. CARLOS.— Me pusiste la mano encima, Acuña, ¡confiésalo!

ACUÑA.— En efecto. Su alteza no cejaba en su empeño. Majestad, después de lo ocurrido, os ruego que me relevéis en el servicio de su alteza.

D. CARLOS.— *(Medio lloroso.)* ¿Por qué, Acuña? ¿Acaso no te he tratado como a un hermano? ¿Acaso no hemos platicado hasta el alba y nos hemos querido y hemos jugado a los naipes y nos hemos llenado de confidencias?

ACUÑA.— Vuestro criado, vuestro amigo y todo cuanto habéis deseado que fuera, para vos he sido. Pero no deseo ser esclavo.

D. CARLOS.— ¡No lo eres, Acuña! Te tengo en la relación de mis predilectos.  
No podré vivir sin ti y...

FELIPE II.— (*Cortándole.*) Quedas relevado en el servicio del príncipe. (*Le hace un gesto.*)

(*ACUÑA se inclina y sale.*)

FELIPE II.— (*Reconviniendo a su hijo.*) Ni digno es escuchar tras las puertas; ni digno azotar a un servidor; ni digno arrastrarse pidiendo disculpas, don Carlos. Un príncipe ha de saber mandar en sus pasiones.

D. CARLOS.— ¿Acaso mandáis vos en la que os posee de yacer con mujeres?

FELIPE II.— ¡No seáis necio! Públicamente, el príncipe ha de ser espejo de moderación y cortesía.

D. CARLOS.— ¿Y en el lecho? (*Mira a su padre con un odio feroz.*)

(*Entra en escena la reina, seguida por sus camareras. Todos, excepto el rey, se inclinan ante ella. El rey simplemente hace un gesto cortés.*)

ISABEL.— Señor, ¿qué ocurre?

D. CARLOS.— Nada. Me he visto precisado a dar un escarmiento a don Diego de Acuña...

BUFÓN.— ¡Y ahora su alteza escarmentaba al príncipe! ¡Bendita jerarquía!

D. CARLOS.— ¡Calla, enano! (*Le tira una patada que el otro esquivo.*)

BUFÓN.— ¡No olvidéis lo que os dije, alteza! Qué hermoso grupo escultórico de tullidos componemos! Majestad, os pido licencia para retirarme a escuchar tras las puertas, como es mi obligación... (*Al príncipe.*) ¡Y no la vuestra!

(*Sale corriendo antes de que el príncipe reaccione. Desaparece.*)

FELIPE II.— Puesto que espíabais, sabréis lo que se hablaba...

(*En su tono hay cierta ironía.*)

D. CARLOS.— Apenas escuché.

FELIPE II.— Las Cortes del Reino me han elevado petición para que considere nuevamente vuestro casamiento. Y me proponen que caséis con vuestra tía la princesa doña Juana...

ISABEL.— Me retiro, que tales negocios han de tratarse en privado.

D. CARLOS.— (*Temeroso de su padre, buscando la ayuda de la reina.*) No, señora, quedaos... Cuando las Cortes proponen algo a mi padre, es porque mi padre ha ordenado a los procuradores que se lo propongan. No es éste negocio privado, sino negocio que ya conocen todos menos yo...

FELIPE II.— Tened la lengua, don Carlos.

D. CARLOS.— ¡No casaré con ella! Oídllo bien, señor. ¡No casaré! ¡Mejor me dejaría matar por no tener que amarla!

FELIPE II.— ¡Vos haréis lo que ordene el rey! (*Siempre suave.*) Y dado que en la corte ya se sabe que no podréis engendrar...

D. CARLOS.— (*Cortándole.*) ¿Quién me ha puesto en el lecho a su esposa, a su madre, a su hija o a su hermana para asegurarlo?

FELIPE II.— No obstante, con ella casaréis.

D. CARLOS.— ¡Claro! ¡Pensáis que ella no dará tres cuartos al pregonero si no puedo yacer con hembra!

FELIPE II.— Lo que el rey piense no es cuenta vuestra.

D. CARLOS.— (*Alzando el tono.*) ¡Es cosa mía, señor!

ISABEL.— Si dais licencia, esposo...

D. CARLOS.— ¡Quedaos, señora! Hacedlo por mí. No me dejéis con ellos. Si vos permanecéis a nuestro lado no sentiré tanto el hielo de sus miradas. (*Al rey.*) Sabed que he decidido casar con doña Ana de Austria... (*Mirándole duramente.*) A no ser que penséis que, caso de enviudar, sea vuestra esposa, como ya hicisteis en otra ocasión, con la que fue mi prometida. (*Señala a la reina.*)

ISABEL.— (*Violentísima.*) Callad, alteza...

D. CARLOS.— ¿Pensáis, también, que vuestro hijo renunciará al trono?

FELIPE II.— ¡Teneos! Son ya muchos los disparates que habéis hecho hoy!

D. CARLOS.— ¿Lo pensáis, verdad? Me obligaríais a renunciar al trono al no tener heredero y así pondríais en él a cualquiera de mis primos los archiduques, Ernesto o Rodolfo.

FELIPE II.— Si os place seguir hablando, hacedlo a solas en vuestra cámara.

D. CARLOS.— ¿Por qué los habéis hecho, si no, venir a España?

FELIPE II.— Son hijos de mi hermano y no podía permitir que continuasen viviendo en tierras donde impera la herejía.

D. CARLOS.— Muy consecuente con la pragmática de Aranjuez, por la que habéis prohibido que marchen los españoles a estudiar a Europa y ordenado que regresen a España los que allí estuvieren estudiando, a fin de que no se emponzoñen con las doctrinas heréticas... Mas no sólo por eso están aquí mis primos, señor, ¡me consta! El imperio español precisa de un heredero a vuestro gusto... Y yo no lo soy... Habéis hurgado entre los chismes del alcázar y habéis hallado que murmuran sobre mi impotencia para yacer con dama y...

FELIPE II.— ¡Retiraos! (*Está un poco nervioso, pero se contiene.*)

D. CARLOS.— ¡No bien haya acabado! Oídme bien, señor... ¡No casaré, no, no, no casaré con doña Juana, ni yogaré con ella, que largas noches en la infancia he pasado en su lecho! Casaré con la archiduquesa Ana..., pero antes el príncipe se ocupará de demostrar a toda Europa, a todo el orbe, que es capaz de preñar a una hembra y aún, a todas las barraganas de los piadosos cardenales que os rodean.

(*El rey le pega una implacable bofetada.*)

FELIPE II.— (*A su hermana; que ha permanecido toda la escena inmóvil.*)  
Venid, hermana... Hemos de hablar de vuestra boda con mi hijo...

(*Inician la salida, la reina está inmóvil al lado del príncipe.*)

D. CARLOS.— Quedaos a mi lado, señora... Sabéis que va a representar en el alcázar para vos una comedia el cómico Cisneros...

FELIPE II.— ¡Basta de impertinencias, don Carlos! Tampoco quiero oír hablar en mi presencia de esa fuente de corrupción que es el teatro. Venid, doña Isabel... Hemos de hablar largamente.

D. CARLOS.— Nadie me impedirá yacer con hembra ante toda la corte...

ISABEL.— Callad, príncipe Carlos... calmaos, os lo pido...

(*Inicia el mutis. El rey ya ha salido, también, seguido por su hermana.*)

D. CARLOS.— Señora, gracias... Si es vuestro deseo, callaré... Sabéis que pienso muchas veces que si, en efecto, hubierais casado conmigo, todas mis iras y todas mis zozobras se habrían ahogado entre tanta bondad como manáis...

ISABEL.— Tened paciencia, don Carlos. El rey es vuestro padre. Os ama y habrá de comprender vuestras cuitas...

D. CARLOS.— (*Enternecido.*) Tan buena sois como ignorante del alma de mi padre.

*(Ella sale lentamente. Él va a decirle algo.)  
(Oscuro.)*

## ESCENA VII

*(Entran en la cámara del príncipe su barbero RUY GÓMEZ DE QUINTANILLA, una MUJER y una MOZA. Sobre un no muy alto practicable, en el centro de la cámara, se alza el lecho principesco.)*

BARBERO.— ¡Tú no, mujer! ¡Sólo tu hija! Tú quedarás en la antecámara.

MUJER.— ¡Nadie me ha dicho que no podría estar junto a ella! ¡Quiero saber qué se hace con mi hija!

BARBERO.— El contrato lo dice claramente.

MUJER.— ¿Contrato? ¿Qué contrato?

BARBERO.— El que se te entregó cuando accediste.

MOZA.— El señor barbero quiere decir el papel que hemos puesto en el arca, madre.

MUJER.— Ah, el papel... ¡Dichoso papel... A saber qué dirá!

BARBERO.— ¡A saber qué dirá! ¿Pero aún no lo has leído?

MUJER.— ¿Pensáis que semejantes tratos los hace gente de letras?

BARBERO.— ¿Nadie te lo ha leído?

MOZA.— ¡Menudas chiflas se han traído aquellos que lo han tenido para leer!

MUJER.— No creáis que la rechifla era por nosotros, sino por otras cosas... las del príncipe.

BARBERO.— Ese contrato dice que tú entregas de buen grado y libremente a tu hija, para que su alteza serenísima el príncipe don Carlos pruebe su viril condición a todos cuantos la ponen en tela de juicio.

MUJER.— Pues si la ponen, por algo será, que cuando el río suena agua lleva.

BARBERO.— Pero has de quedar fuera. Es acontecimiento reservado.

MUJER.— Sea. (*Preocupada.*) Aunque eso que habéis dicho no cuadra con lo que me prometió el que llevó el papel.

BARBERO.— ¿Qué prometió?

MUJER.— Que si accedía a que mi hija se acostarse con su alteza, me serían bien compensados los servicios.

BARBERO.— Y se compensarán. Se os entregarán doce mil ducados y una casa para ambas.

MUJER.— (*Un paso hacia la salida. Se vuelve, pensativa.*) ¿Y si me la preña?

BARBERO.— En tal caso la largueza del príncipe no tendrá límites.

*(En este momento se abre una puerta interior y entra el BOTICARIO trayendo una pócima.)*

BOTICARIO.— Aquí está la pócima. Tal y como ordenaron los tres doctores. Dos partes de hierbas afrodisíacas y otra de la tintura convenida... No debe dejarse el sedimento. Conviene agitarlo bien al tomar para que todo haga su efecto... Muy hábil la receta de los galenos... Con este preparado hasta un moribundo se alzaría al banquete de Venus.

BARBERO.— Dejadlo sobre la mesita, señor boticario.

BOTICARIO.— Conviene mantenerlo a la temperatura del cuerpo humano.

*(Tiene la pócima abrazada con sus dos manos como si fuera un pajarito que temiera perder.)*

MUJER.— Oiga, señor barbero... A lo que veo todo está bien previsto en el alcázar... No es como entre nosotros... que estas cosas se hacen sin pócimas, trompetería ni aspavientos y donde buenamente cuadre, que vale igual un jergón que un montón de heno y aún una tapia de adobe o el tronco de una encina... ¿Pero y si el príncipe, a pesar de tanta pócima y tanta historia no se alza al tal banquete que dice el señor boticario?

BARBERO.— El príncipe es muy generoso, mujer.

MUJER.— Por si sí o por si no, dadme un reclinatorio que mientras aquí os esforzáis por hacer hombre al príncipe, yo pediré a los cielos su intercesión para que no me vuelen los ducados y la casa.

BARBERO.— Mujer, has de marcharte. Su alteza no tardará en llegar.

MUJER.— (*Remoloneando.*) Hija... procura que lo logre, que ya que hemos de perder la honra, sea al menos con honra...

BARBERO.— ¡Vamos, que llega el príncipe!

*(La empuja fuera. Ella continúa remoloneando.)*

MUJER.— (*Lloriqueando.*) ¡Hija mía...! ¡Hija!

BARBERO.— Otras muchas quisieran estar en el lugar de tu hija. Que es grande, muy grande honra la deshonor de una virgen por el príncipe de España.

MUJER.— (*Yéndose empujada por el BARBERO.*) ¡Jesús! Ni que el pajarito del príncipe hubiera sido bendecido por toda la Corte Celestial.

*(El príncipe, que ha entrado un instante antes por la misma puerta por la que entró el BARBERO, grita.)*

D. CARLOS.— ¡Lo ha sido, vieja puta! Y por el Santo Padre y por el Concilio de Trento y por el Sínodo. ¡Fuera de aquí!

BARBERO.— (*Después de cerrar la puerta por la que ha salido la MUJER.*)  
Disculpad, alteza, que estas gentes sin instrucción...

D. CARLOS.— ¡La pócima?

BARBERO.— Está lista.

BOTICARIO.— (*Adelantándose al príncipe con ella.*) Aquí la tenéis, alteza. Conviene tomarla unos momentos antes...

D. CARLOS.— ¿Se han entregado los ducados a los médicos que prescribieron la pócima y al boticario?

BARBERO.— Sí, alteza.

BOTICARIO.— (*Por la pócima.*) No conviene tomarla fría.

BARBERO.— Dádmela a mí.

*(La toma igual que la tenía cogida el BOTICARIO. El BOTICARIO se inclina ceremonioso y sale. Al cruzarse con la MOZA la mira de soslayo.)*  
*(Sale por donde vino.)*



D. CARLOS.— (*Mirando a la MOZA que ha permanecido todo el tiempo inmóvil.*) ¿Estás entera, moza? (*La muchacha asiente con el gesto.*)

BARBERO.— Vuestros doctores han certificado que es doncella.

D. CARLOS.— (*Iracundo.*) ¿Por qué? ¿Os dije que no quería una virgen! ¿No debo hacer grandes esfuerzos! ¿Traedme otra!

BARBERO.— Preciso es que quede sobre el lecho la irrefutable prueba de Vuestra Serenísima Virilidad.

D. CARLOS.— (*Calmado. Risueño.*) ¡Es cierto! Qué exigencias estúpidas, mi fiel Ruy Gómez de Quintanilla... (*Le lleva aparte.*) Y ahora dime: ¿qué debo hacer? Sabes que no soy versado en las artes amorosas... y dicen que tú eres maestro.

BARBERO.— (*Doctoral.*) Es costumbre recomendada por Ovidio y hasta por el gran Petronio, amigo del vestir, que se desnuden los ejercitantes...

D. CARLOS.— (*Grita a la MOZA.*) ¡Desnúdate, muchacha!

MOZA.— ¿Aquí, alteza?

D. CARLOS.— ¿Dónde ha de ser, si no?

*(La muchacha lentamente comienza a quitarse el corpiño y la falda.)*

D. CARLOS.— (*Al BARBERO.*) Tiene carnes muy blancas...

BARBERO.— Se ha buscado lo mejor, como cuadraba a vuestra condición.

D. CARLOS.— (*Yendo hacia la joven y tomando uno de sus brazos desnudos.*) Y muy duras.

BARBERO.— ¡La juventud, alteza!

D. CARLOS.— ¿Qué años tienes?

MOZA.— (*Sin dejar de desnudarse.*) Diecisiete, alteza.

D. CARLOS.— (*Que ha empezado a desabrocharse.*) Piensas que lograré...

BARBERO.— Sin duda, alteza.

D. CARLOS.— (*Sentándose al borde de la cama.*) ¡Apúrate, muchacha! Tú, quítame las botas.

BARBERO.— Sí, alteza... Queréis sostener... No conviene dejarlo que se enfríe...

*(El príncipe toma la pócima y la sostiene como el BARBERO. El BARBERO se afana por quitarle las botas.)*

*(La muchacha continúa desnudándose. El ideal es que por lo menos queden sus pechos al descubierto. Cuando la MOZA se halla así, el príncipe habla.)*

D. CARLOS.— ¿Me tomo ya la pócima, Quintanilla?

BARBERO.— Si estáis presto, señor... *(Le quita la segunda bota. El príncipe se bebe el líquido que contiene la vasija.)* Debéis apurar todo...

*(El príncipe apura todo el líquido.)*

D. CARLOS.— Y ahora a esperar... ¡Canta, muchacha!

MOZA.— ¿Ahora?

D. CARLOS.— ¡Sí!

*(La MOZA empieza a tararear una tonadilla.)*

D. CARLOS.— ¡Más fuerte!

*(La muchacha alza el tono de su voz.)*

D. CARLOS.— ¡Y acaba ya de desnudarte!

*(La muchacha, sin dejar de cantar inicia los movimientos necesarios para desprenderse de las últimas prendas que le queden.)*

BARBERO.— ¿Sentís algo, señor?

D. CARLOS.— Como un fuego...

BARBERO.— ¿Dónde?

D. CARLOS.— En el vientre... Un fuego que desciende... y que también sube al rostro...

BARBERO.— ¿Y también en el sexo?

D. CARLOS.— *(Tras un breve silencio.)* Sí, parece que ahora comienza.

BARBERO.— ¿Dais licencia para que pasen ya el notario y el escribano?

D. CARLOS.— ¡Sí, hazlos pasar!

BARBERO.— ¡Apúrate, muchacha!

MOZA.— Ya termino, señor.

*(DON CARLOS, medio desnudo, se acerca a la MOZA. Ella deja de cantar. Por la puerta que ha abierto el BARBERO entran el ESCRIBANO y el NOTARIO. Ambos se sitúan ante una mesa que está cerca del lecho. El NOTARIO se cala unos anteojos.)*  
*(Oscuro.)*

## ESCENA VIII

*Un claustro conventual.*

*(Entra el rey DON FELIPE II hablando con el CARDENAL ESPINOSA. Tras ellos, un cortejo formado por la reina, la princesa JUANA, el DUQUE DE ALBA y el PRÍNCIPE y la PRINCESA DE ÉBOLI. Por entre tan principales piernas pulula el enano ESTEBANILLO.)*

FELIPE II.— Os aseguro, cardenal, que es éste uno de los más grandes días de mi reinado.

CARDENAL ESPINOSA.— Comprendo, majestad, vuestra santa alegría. Hoy es día grande para toda la cristiandad.

FELIPE II.— Por cierto, Espinosa... No me habéis vuelto a hablar de aquella promesa...

CARDENAL ESPINOSA.— No sé a qué promesa puede referirse vuestra majestad.

FELIPE II.— *(Recordándole.)* ¡El canino de San Juan Evangelista!

CARDENAL ESPINOSA.— ¡No piense vuestra majestad que lo he echado en olvido! Mas como se trata de una muy ardua empresa y no quisiera hacer concebir vanas esperanzas a mi señor...

*(Vuelven a caminar. Por el lugar contrario al en que apareció el cortejo entra, con paso rápido, pisando fuerte y*

*con aire triunfal* DON JUAN DE AUSTRIA. *Al llegar ante el rey, hinca la rodilla.*)

D. JUAN.— Majestad...

FELIPE II.— Alzaos, mi buen don Juan de Austria, hermano. (*Con magnánimo gesto le invita a levantarse.*) A lo que veo llegáis con gran fatiga.

D. JUAN.— Largo ha sido el camino desde Torrelaguna... Aunque tan excitante para un buen cristiano... ¡Si hubierais visto qué hermosas muestras de amor y de fe han dado todos los lugareños al bendito cuerpo!

FELIPE II.— (*Al CARDENAL.*) Europa entera debería conocer tan espontáneas muestras de fervor como dan cada día mis fieles vasallos.

CARDENAL ESPINOSA.— Se nos odia, majestad, porque se nos ignora. Pero el carisma con que ha sido regado el pueblo español terminará por imponerse frente a los luteranos, no lo dudéis.

D. JUAN.— Por todo el camino, ofrendas, danzas y oraciones formaban un incomparable concierto de respeto y devoción. Día y noche han lucido los hachones junto al bendito cuerpo, durante los ciento dos días que ha permanecido en Torrelaguna y los varios que llevamos ahora camino de Toledo.

FELIPE II.— (*Con regia y moderada impaciencia.*) ¿Y el bendito cuerpo?

D. JUAN.— Me adelanté para preveniros. Llegará al punto, custodiado por vuestros fieles Pedro Manrique y Francés de Álava.

CARDENAL ESPINOSA.— Parece un milagro, majestad, que por fin el cuerpo de San Eugenio venga a reunirse con el brazo y a reposar “per omnia saecula saeculorum” en la sede de la que fue primer arzobispo.

FELIPE II.— Que el primer arzobispo de Toledo vuelva allí no ha sido milagro, Espinosa, y bien lo sabéis vos.

CARDENAL ESPINOSA.— Cierto que gracias a vuestra tenacidad se ha logrado.

FELIPE II.— No sólo ha sido tenacidad. Menester ha sido renunciar a algo tan hermoso como la cabeza de San Quintín. ¿Recordáis, eminencia, cómo me fue traída luego de la victoria sobre el francés en la batalla de San Quintín? (*Asiente el CARDENAL, muy atento a la regia explicación.*) Pensaba que para siempre quedaría entre mis más preciadas reliquias, cuando la coloqué en el relicario... Mas la obstinación de ese cardenal francés me ha obligado a restituirla. ¿Vos qué hubierais hecho en mi lugar, Espinosa? ¿Os habríais quedado con la cabeza de San Quintín sabiendo

que en Saint Denis quedaría para siempre el cuerpo, sin el brazo, de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo? ¿Habríais accedido al trueque?

CARDENAL ESPINOSA.— Sin duda, yo también la habría trocado; que en Toledo el brazo y en Saint Denis el cuerpo de San Eugenio parecía imperdonable profanación. Quédense los franceses con la cabeza de su San Quintín, que la gloria de la batalla de ese nombre quedará eternamente para las victoriosas páginas de la Historia de España..

FELIPE II.— Cardenal, pienso, y tal vez también lo piense así vuestra eminencia, que San Eugenio intercedió en el Cielo para que venciesen aquel día en San Quintín nuestros ejércitos. Poseedor el Santo de la Suma Sabiduría, sin duda conocía que, por aquello, se haría posible este momento.

CARDENAL ESPINOSA.— (*Entusiasmado con la tesis.*) Tesis impecable que comparto sin reserva alguna. Diría que tesis metafísicamente cierta.

*(El rey inicia una fría sonrisa de halago. El BUFÓN que tanto ha zascandileado por la escena en silencio, poco antes habrá salido por el lugar por donde entró DON JUAN DE AUSTRIA y ahora regresa muy contento.)*

BUFÓN.— ¡Ya llegan, majestad! ¡Viene el cortejo!

*(Lejos empieza a escucharse un canto religioso entonado en tono grave, con profundo fervor. Poco a poco irá aumentando el volumen, aunque no tanto como para que llegue a ahogar lo que se diga en escena.)*

FELIPE II.— (*Impaciente.*) ¿Y el brazo, cardenal?

CARDENAL ESPINOSA.— Todo se halla dispuesto, majestad.

*(El CARDENAL hace un simple gesto a un familiar que vendrá en el cortejo y éste, luego de inclinarse muy ceremonioso, sale por el mismo lugar por donde entró, al empezar la escena, el cortejo real.)*

FELIPE II.— (*A la reina.*) Orad a San Eugenio, señora, rogadle con fervor no bien os hayáis postrado ante su cuerpo santo, para que interceda en fa-

vor de una nueva y fructífera preñez. Como francesa y como reina de España él, que ha reposado tantos años allí y que ahora viene aquí, no os lo puede negar.

ISABEL.— Así lo haré.

*(Fuera se escuchan grandes voces del príncipe DON CARLOS.)*

D. CARLOS.— *(Fuera de escena.)* ¡Preciso ver mi padre! ¿Dónde está mi augusto padre? ¡Preciso ver al rey! ¡Paso os digo!

*(Todos se vuelven hacia el lugar donde parten las voces de su alteza, en dirección opuesta al lugar por donde se espera la llegada de los mutilados restos de San Eugenio bendito. Casi inmediatamente irrumpe —entre murmullos leves de los asistentes— el príncipe DON CARLOS con su vacilante caminar de inválido y casi arrastrando al viejo NOTARIO que entró a presenciar, en la escena anterior, su varonil intento. El tal NOTARIO es portador de una sábana hecha un lío bajo uno de sus brazos. El PRÍNCIPE muy cortés se inclina ante su augusto y sorprendido padre.)*

D. CARLOS.— Majestad... *(Se muestra agitado.)*

FELIPE II.— Sosegaos, don Carlos y decidme dónde os hallabais, que se os ha buscado sin fruto. Pensé que no llegaríais a tiempo. Temí que no estuvierais en este fausto día a mi lado.

D. CARLOS.— ¿Y cómo no iba a estar? Siendo el principal personaje del acontecimiento, ante vos estaría sin dudarlo.

FELIPE II.— ¡No os comprendo, don Carlos!

D. CARLOS.— Juré un día ante vos, no ha mucho, que mostraría a la corte, a toda España y al mundo entero, que era varón y hoy os traigo la prueba irrefutable de que quien diga que el príncipe de España no es capaz de yacer con hembra, miente como un bellaco, aunque sea el propio rey. *(Al NOTARIO.)* ¡Mostrad a su majestad la prueba!

NOTARIO.— *(Turbado ante tanta gente importante.)* ¡Alteza, no es prudente...!

D. CARLOS.— ¡Es mi deseo! ¡Lo ordeno!

FELIPE II.— ¡Sosegaos, alteza!

D. CARLOS.— ¡Mostrad al rey y a todos estos pillos que soy varón!

*(Los cánticos se oyen ya muy cerca. El NOTARIO desenvuelve la sábana y la muestra con una mancha roja, reciente, en su centro. En todos los presentes se exterioriza un gesto de estupor.)*

FELIPE II.— ¡Idos de aquí! ¡Al punto!

*(En este momento aparece el cortejo que trae el mutilado cuerpo del Santo Eugenio. Le portan cuatro frailes. Le custodian don Pedro Manrique, don Francés de Álava y otros nobles.)*

CARDENAL ESPINOSA.— *(Llamando la atención del rey.)* Majestad, el momento es llegado.

*(El rey y todos los nobles empiezan a arrodillarse, mientras el príncipe de España, contemplando en la sábana las huellas de su triunfo, ajeno a todo lo demás, exclama:)*

D. CARLOS.— Haced saber a las Cortes que el príncipe tiene derecho a elegir libremente esposa sin imposición alguna. Y que el príncipe ha determinado casar con la archiduquesa doña Ana de Austria y casará con ella bien a pesar de cuantos daban la razón a mi padre.

FELIPE II.— *(Arrodillado, mirando ferozmente a su hijo.)* ¡Arrodillaos, impío!

*(El príncipe se arrodilla en silencio. También el NOTARIO. Los frailes depositan, sin cesar sus cánticos, el cuerpo ante el rey, la reina y el cardenal Espinosa, que están en primer término.*

*Por el lateral contrario ha entrado el familiar del cardenal llevando solemnemente sobre un cojín, una pequeña*

*urna de cristal en cuyo interior vemos un brazo momificado. Siguen escuchándose los cánticos a los que se han unido muchos miembros del cortejo real. El CLÉRIGO llega ante el cuerpo y deposita sobre el arcón la urna de cristal.)*

FELIPE II.— *(Radiante de felicidad.) ¡Por fin! ¡Gracias, Dios mío!*

*(El CARDENAL inicia una oración en latín. El PRÍNCIPE, con disimulo, arrodillado junto a la sábana, la acaricia. Sobre este cuadro va cayendo muy lentamente el telón.)*



## ACTO SEGUNDO

### ESCENA I

*(El rey habla con su secretario ERASO, mientras ordena minuciosamente su relicario. Por allí zascandilea también ESTEBANILLO, el BUFÓN.)*

FELIPE II.— Alcánzame aquel ojo de Santa Rita de Casia, Estebanillo. (ESTEBANILLO *se apresura a cumplir lo que el rey ordena y se lo lleva. DON FELIPE coloca la reliquia en lugar bien visible.*) Sí, aquí luce mejor, ¿no te parece, Eraso?

ERASO.— Sin la menor duda, majestad.

FELIPE II.— Aunque bien mirado... debería lucir más. Los ojos resultan altamente vistosos... Sin embargo, en reliquia pierden mucho de su encanto. ¿Por qué será?

ERASO.— Tal vez la muerte los desluce, majestad.

FELIPE II.— ¿Tú crees? Sería terrible, puesto que si la muerte es luz y vida eterna, más radiantes habrían de estar ahora que cuando miraban este mundo de pecados. Será cosa de consultar tan delicado asunto con mis teólogos.

BUFÓN.— ¡Y con los médicos, majestad!

FELIPE II.— No me gusta que se hable en mi presencia de esos científicos perniciosos que sólo buscan doctrinas encaminadas a desbaratar los dogmas de la fe. Eraso, ¿quién más dices que desea verme?

ERASO.— Un soldado de Nápoles llamado Antonio Muñoz. Pretende elevaros un memorial. Ha perdido las dos piernas en Italia.

FELIPE II.— Querrá dinero...

ERASO.— Sin duda...

FELIPE II.— ¿Trae personalmente el memorial?

ERASO.— (*Asiente.*) Se arrastra con gran habilidad sobre las manos...

FELIPE II.— Que te lo entregue a ti. Se atenderá cuando le llegue el turno.

BUFÓN.— ¿Os vais a privar del hermoso espectáculo de contemplar la gloria de un soldado de vuestros ejércitos victoriosos? ¡Un soldado sin piernas! ¡Loados sean los Cielos, majestad! Tenéis que verlo...

FELIPE II.— ¡Calla!

BUFÓN.— Majestad... ¡una idea! ¡Genial idea de vuestro genial bufón! ¿Por qué no ampliáis el relicario real y decidís incorporar también reliquias de soldados? Piernas destrozadas por la artillería, corazones deshilachados por los arcabuces, hígados, ojos, pulmones y otras vísceras atravesados por espadas impías. Acaso los que luchan en vuestros ejércitos también sean santos sin canonizar, majestad.

FELIPE II.— No digas necedades, Estebanillo. Odio la guerra.

BUFÓN.— ¡Pero la hacéis!

FELIPE II.— ¡En defensa de la fe católica! (*A ERASO.*) ¿Nadie más?

ERASO.— También desea veros... y bien sabe Dios que no quisiera tenerlo que anunciar... ¡el barón de Montigny!

*(El rey, que estaba trajinando con sus reliquias, ha quedado un momento inmóvil antes de responder a ERASO. Con el corazón de San Juan Damasceno en alto, ha mirado a su secretario. Deja la reliquia y continúa hablando.)*

FELIPE II.— Ese impío... ¿qué quiere? No deseo verle, Eraso. Dile que me impiden recibirle importantes negocios de Estado.

ERASO.— Majestad... estos días, los más importantes negocios de Estado son los que a Flandes se refieren. Y él, como embajador extraordinario...

FELIPE II.— Ciertamente, mas aún no sé si debo o no debo demorar mi respuesta. No quiero responderle que accedo a los deseos de los flamencos, porque no quiero acceder y, diciéndolo, desencadenaría sus iras... Tampoco, sin embargo, deseo no responderle, porque ello implicaría la impaciencia de los Orange, Egmont, Hornes y todos cuantos bribones están de su parte. Flandes, mi fiel Eraso, arde por culpa de la herejía y

del libertinaje. Es preciso apaciguar a Flandes, lo sé, pero ¿cómo? No es el mejor camino conceder a los rebeldes cuanto pidan... (*Preocupado.*) Dile al barón de Montigny que no has podido apercibirme de su presencia, que me hallo ocupado. Y que espere. Luego vuelve aquí, deseo meditar antes...

ERASO.— Sí, majestad... (*Se inclina y sale.*)

FELIPE II.— Estebanillo, ¿llegarás a esta vitrina para ir ordenándola...? (*Señala una vitrina con uñas y manos que está en el suelo.*)

BUFÓN.— Sois refinadamente malo, señor... Diría que sois más cruel que yo. Yo soy enano, pero hombre del pueblo. ¿No os parece que vos, para ser tan gran rey, tampoco tenéis demasiada alzada?

*(El rey, sin hacer caso a su bufón, va hacia un reclinatorio que habrá apartado del centro de la escena, pero situado en lugar bien visible, y se arrodilla, quedando en íntima y devota actitud de meditación. Allí permanecerá inmóvil, hasta que se indique. Mientras el enano, canturreando, trajina y se afana en la limpieza de uñas, dedos y manos. Saca una mano sarmentosa y negra. La contempla.)*

BUFÓN.— (*Estrechándola como si fuera la mano de un visitante.*) Bienvenido, señor San Apolinar. Siéntese aquí, si le place. (*Coge la mano y la deposita en la vitrina, como si ayudase a alguien a sentarse.*) Le presento el corazón de San Juan Damasceno.

*(Mientras ESTEBANILLO se ocupaba de la mano, ha regresado ERASO.)*

BUFÓN.— (*A ERASO.*) ¡Ssssst! (*Se lleva un dedo a la boca.*) No importunéis a su majestad, Eraso. Está pidiendo consejo a los cielos. ¿Sabéis que suele hacerlo con frecuencia? Y en tales casos, mientras él medita y discute con el Sumo Hacedor, yo soy su “alter ego”. ¿Sabéis lo que quiere decir “alter ego”)? (*ERASO asiente, divertido de la desvergüenza del enano.*) Pues si lo sabéis, hacedme la oportuna reverencia. (*El Secretario hace una burlona reverencia, mientras ESTEBANILLO corre hacia un*

*sillón que habrá colocado tras una mesa y se encarama a él. Habla como si fuera el rey.)* Dime, mi fiel Eraso, ¿crees que si se aboliera la Santa Inquisición en Flandes y se perdonase a aquellos rubicundos he-rejes y se enviase dinero a la gobernadora y se lograra hacer respetar la autoridad de Granvela, se arreglaría todo? *(Sin esperar respuesta, el BUFÓN se pone en pie sobre el asiento del sillón y grita desaforadamente, mirando de vez en cuando al rey.)* ¡No! Todo seguiría su curso, porque el mal avanza como las aguas desbordadas. ¡El mal no se detiene! ¡Es como lava ardiendo! Nada se lograría... ¡Eso dicen los cielos ahora a su majestad! ¡Lo estoy oyendo, Eraso! ¡Los flamencos son malos, perversos, pecadores y fornicadores! ¡Hijos de mala madre! ¡Herejes, son, Eraso, y como tales deben pagar! *(Hace además de degüello, rebanándose con el canto de la mano el pescuezo, acompañando a la acción un ruido onomatopéyico adecuado y sonoro.)* ¿Y quién mejor para acabar con toda esa piara de cerdos protestantes que el más bravo soldado español, fiel servidor de nuestro católico rey Don Felipe? Eraso ¿no adivinas quién es el más bravo soldado español? ¿Piensas que el duque de Feria? ¡Te equivocas! El de Feria sí es bravo, pero sentimental. Se precisa un soldado con corazón de tigre, que devore el mal! ¿Quién ha de ser, Eraso? ¿No lo adivinas? ¡El mismísimo Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba!

*(El rey se ha levantado y viene hacia el centro de la escena, después de santiguarse.)*

FELIPE II.— *(Caminando hacia donde están los otros.)* Estebanillo, de los más íntimos pensamientos del rey no debes hablar ni hacer mofa.

BUFÓN.— *(Bajando del sillón de un salto.)* ¡Soy vuestro “alter ego”, majestad! *(Se encara con el rey.)* ¿Así que estabais escuchando con una oreja a los cielos y con la otra al bufón? ¡Algún día vuestras regias orejas serán depositadas en este relicario y vuestro corazón se guardará en la catedral de Gante y los demás menudillos se repartirán por las otras principales catedrales de Europa!

FELIPE II.— ¡Ten la lengua, desvergonzado! *(El BUFÓN se afana en su trabajo de limpieza.)* Eraso, he meditado... Conviene hablar con el barón de Montigny. Le harás pasar y mientras hablo con él busca al duque de

Alba y al notario Pedro de Hoyos. Procura que Montigny no se encuentre con ellos.

ERASO.— Así se hará, majestad... *(Se inclina y sale.)*

FELIPE II.— *(Al BUFÓN.)* Si no has de callar, vete de aquí.

BUFÓN.— ¡Seré una tumba!

*(Entra MONTIGNY. Llega ante el rey y se hinca de rodillas.)*

MONTIGNY.— Majestad...

FELIPE II.— *(Con su fría y distante actitud de siempre.)* Alzaos, mi fiel vasallo. Me place teneros nuevamente a mi lado.

MONTIGNY.— También a mí me place llegar ante vos de nuevo para solicitar noticia de vuestras decisiones sobre Flandes.

FELIPE II.— Puesto que vuestra petición era razonable, he dado órdenes a mi secretario, luego de oír a mi Consejo, para que en tal sentido se despachen los oportunos documentos.

MONTIGNY.— *(Alegre, aunque moderadamente.)* ¿Por fin accede vuestra majestad al perdón general de los flamencos, a la abolición de la Inquisición y a enviar el dinero preciso para una justa administración...?

FELIPE II.— Y también enviaré una carta al príncipe de Orange como expresión de afecto, pues es personaje de gran valimiento a quien deseo tener por amigo.

MONTIGNY.— ¡Gracias, señor! Al punto dispondré todo lo necesario para regresar allí y comunicar tan fausta nueva.

FELIPE II.— No, Montigny. Vos quedaréis aquí. Sois un ejemplar vasallo y preciso de vuestros consejos en todo lo que a Flandes se refiere.

MONTIGNY.— Si ese es vuestro deseo, majestad, de buen grado permaneceré en la corte.

FELIPE II.— Deseaba ardientemente comunicaros tan faustas nuevas, mas los negocios de Estado me ocupan tanto tiempo... Decidme, mi buen Montigny, ¿cómo se encuentra vuestro amigo el marqués de Berghes?

MONTIGNY.— Su enfermedad se agrava.

FELIPE II.— ¿Se teme por su vida?

MONTIGNY.— *(Consternado.)* Los médicos esperan que muera de un momento a otro.

FELIPE II.— Él, sin embargo, hubiera sido quien debiera partir para llevar mis cartas. No obstante, gente muy fiel tengo que lo hará...

MONTIGNY.— Y en cuanto a la moderación de las leyes que allí rigen, ¿habéis dispuesto algo, señor?

FELIPE II.— Tiempo quieren las cosas.

MONTIGNY.— Es tan urgente considerarlo...

FELIPE II.— ¿Pensáis que aún he hecho poco?

MONTIGNY.— No, majestad. Mucho ha sido y en nombre de mi pueblo os lo agradezco.

FELIPE II.— Antes de retiraros quiero haceros una pregunta que ha mucho tengo en la punta de la lengua. Montigny, ¿sois católico?

MONTIGNY.— Amo a Cristo, majestad...

FELIPE II.— Sabéis lo que os pregunto. Hasta mis oídos han llegado noticias de que en Flandes habéis comido carne en Cuaresma... ¡y públicamente!

MONTIGNY.— Algún maledicente lo habrá ideado para hacerme parecer pecador a vuestros augustos ojos...

FELIPE II.— (*Para sí.*) Ojos... (*Queda pensativo. Súbitamente reacciona, todo cuanto FELIPE es susceptible de reaccionar.*) Mentís, barón de Montigny. Comisteis carne públicamente en Cuaresma. El acontecimiento ocurrió en Tournay. Haced memoria. Podéis retiraros.

*(El gesto del rey no admite réplica, aunque no sea un gesto aparatoso. El barón de Montigny hace una respetuosa genuflexión, murmura un "majestad" y sale. Súbitamente entra por otra puerta —y si no la hubiera, por otro lugar de la escena— el secretario ERASO.)*

ERASO.— Majestad, el notario Pedro de Hoyos y Don Fernando Álvarez de Toledo esperan.

FELIPE II.— (*Pensativo.*) Hazlos pasar... (*Transición.*) Ojos... Ven, Estebanillo. Mirame a los ojos... (*Ambos se miran a los ojos.*) ¿Qué ves?

BUFÓN.— Miedo, majestad.

FELIPE II.— ¿No ves brillar en ellos el brillo de los santos?

BUFÓN.— (*Áspero.*) ¿Le veis vos en los míos?

*(Entran el NOTARIO y el DUQUE DE ALBA. El REY pega un empellón al ENANO, que se aleja dando trompicones.)*

FELIPE II.— Toma buena nota de lo que he de decirte, Pedro de Hoyos, que has de dar fe de mi declaración, de la que será testigo el duque de Alba. *(El NOTARIO va a la mesa, se sienta y toma pluma.)* Declaro que al autorizar, como voy a hacer, a la duquesa de Parma para perdonar a los rebeldes comprometidos en los negocios de los Países Bajos, no he obrado libre ni espontáneamente. Y si lo hago es por fuerza mayor y para evitar grandes males. *(Transición.)* Levantarás el acta que se mantendrá en secreto. *(A ERASO.)* Tú, Eraso, escribirás una carta para el Sumo Pontífice en la que le comunicaremos que, a pesar de haber accedido a la abolición del Santo Oficio de la Inquisición en Flandes, no lo he hecho libremente y que, en última instancia, no es válida, puesto que si ha sido Roma quien ha autorizado su creación, sólo ella puede revocar-la. Nada más. Podéis retiraros.

*(Hacen ademán de retirarse los tres.)*

FELIPE II.— No, vos, no; vos quedaos, Don Fernando.

*(Mientras el SECRETARIO y el NOTARIO se retiran, el DUQUE DE ALBA vuelve ante el rey.)*

FELIPE II.— ¿Qué opinas de los acontecimientos de Flandes, mi buen duque de Alba?

ALBA.— *(Contundente en su expresión, como buen soldado.)* No me habría opuesto a que vuestra majestad esperase a reprimir a los flamencos personalmente, pero puesto que al parecer no partís aún, señor, pienso que no puede demorarse más tiempo la represión. Se trata de la defensa de la religión, del divino culto, de las imágenes y de los ministros de Dios. Ya no son sólo exigencias de estado. Es voluntad divina que hemos de acatar y cumplir ciegamente. Si es preciso, se pasará por las armas a todos los sediciosos. Bajo pretexto de la religión, los rebeldes dan culto a su codicia, a su crueldad y a su arrogancia. Saquean los templos y oprimen al país. Su maldad llega a tal extremo que es preciso ahogar en

su sangre la falsa doctrina que los domina. Ni se les puede ni se les debe conceder perdón, aunque se sometan, a menos que abjuren de sus creencias y manifiesten un sincero arrepentimiento y garanticen obediencia absoluta a lo que vuestra majestad prescriba. De este modo se atemorizará a los que quieran imitarlos.

BUFÓN.— (*Que ha escuchado boquiabierto.*) ¿Tenía yo razón, majestad? Éste es el hombre que precisa Flandes. ¿No os lo han dicho también los Cielos?

FELIPE II.— (*Pensativo, sin hacer caso al ENANO.*) Me place tu lenguaje. Un hombre que habla así, no dudo que ha de cumplir su palabra.

ALBA.— (*Con la mirada radiante.*) Si hubiera de ser yo el brazo ejecutor de los deseos divinos, tenga por cierto vuestra majestad que arrasaría Flandes hasta que no alentase vida alguna donde pudiera renacer la herejía.

FELIPE II.— (*Satisfecho.*) Tu fe es grande, hijo mío.

ALBA.— (*Subordinado.*) Pretende sólo ser un débil reflejo de la vuestra, señor.

FELIPE II.— Aunque piensan que he de salir de España, no lo deseo. Me atormenta la idea de un viaje hasta Flandes.

ALBA.— El príncipe no ha mucho aseguraba que partiría con vos.

FELIPE II.— Así le dije, para acallar sus iras. Pero es el príncipe la segunda razón que me impide ir a Flandes. Su vesania se agrava. Llevarlo allí sería una locura. Y grave peligro, puesto que si allí, los flamencos tienen tratos con él, no bien hayamos llegado a los Países Bajos, la estulticia del príncipe y el deseo intolerable de libertad de aquellas gentes, terminarían por coronarlo rey contra mí y contra España.

ALBA.— ¿Habéis considerado la posibilidad de partir sin él?

FELIPE II.— (*Asintiendo.*) No puedo dejar solo al príncipe en España. Sus constantes desvaríos exigen la autoridad paterna. Y que esa autoridad se imponga a toda costa, ocurra lo que ocurra. Tú eres soldado de probado valor y no menos probada fe. Tú irás en mi lugar y harás cuanto has prometido, ¿verdad?

ALBA.— No me temblará el pulso.

FELIPE II.— En secreto irás disponiendo la partida. Se hará pública cuando lo considere el rey preciso.

ALBA.— Así lo haré, majestad. Y ahora, si dais licencia...

FELIPE II.— (*Como hablando con desgana, pero con gran frialdad.*) Ah... ya lo olvidaba... Parece que el marqués de Berghes va a morir.



ALBA.— Sí, majestad.

FELIPE II.— *(Igual.)* Es una muerte más honrosa... *(Maquiavélico.)* No le ocurrirá igual al barón de Montigny. Él está fuerte como un toro... Será preciso decretar su encarcelamiento. No es cosa urgente... Conviene que se confíe entre nosotros. Incluso puede permitírsele hablar con el príncipe. Antes de partir, le dejaremos encerrado en Simancas.

ALBA.— ¿Por mucho tiempo, majestad?

FELIPE II.— Hasta que muera...

ALBA.— ¿Y si no muere?

FELIPE II.— Habré de ordenar que le degüellen discretamente, sin escándalo. Hay que impedir que la herejía infeste a los católicos. Retírate. *(ALBA se retira muy aparatosamente después de saludar al rey. El rey, sin prisas, vuelve a sus reliquias. Las ordena meticulosamente. De pronto ve que el BUFÓN, que permanece callado, tal vez impresionado por lo que ha oído, atropelladamente tira algunas reliquias al suelo.)* ¡Por todos los Santos, Estebanillo! ¡Qué haces! Vas a desbaratarme el relicario. *(Se inclina y le ayuda a recoger algunas cosas que han caído.)*

BUFÓN.— *(Recogiendo reliquias también.)* Disculpad, majestad, estaba tan absorto que se me fue el santo al cielo.

FELIPE II.— ¡Al cielo! Se te fue el santo al infierno. Dios mío... Si has tirado el “lignum crucis”. Como vuelva a ocurrir mandaré que te azoten.

*(Oscuro.)*

## ESCENA II

*(La REINA en su cámara representa, junto con alguna de sus CAMARERAS y la PRINCESA JUANA. El PRÍNCIPE DON CARLOS, boquiabierto, contempla la representación en la que una CAMARERA lleva alguna prenda que haga pensar que es un varón.)*

CAMARERA.— *(Recitando el final de un parlamento.)*

Señora, vos me matastes,  
que yo a él no lo temía!

ISABEL.— Sus lágrimas consolaba  
Flérida, que esto oía.  
Fuéronse a las galeras  
que don Duardos tenía:  
cincuenta eran por cuenta;  
todas van en compañía.  
Al son de sus dulces remos  
la princesa se adormía  
en brazos de don Duardos  
que bien le pertenecía.  
Sepan cuantos son nacidos  
aquesta sentencia mía:  
contra la muerte y amor,  
nadie hay que tenga valía.

*(El Príncipe empieza a aplaudir entusiasmado.)*

ISABEL.— Esperad, ya concluye... *(Indica a JUANA que hable.)*

JUANA.— *(Simulando la actitud de un patrón de galeras:)*

Lo mismo iremos cantando  
por esa mar adelante,  
a las sirenas rogando  
y vuestra alteza mandando  
que en el mar siempre se cante.

ISABEL.— Finis. *(Hace una graciosa reverencia.)* ¿Qué os parece, don Carlos?

D. CARLOS.— Admirable representación. Mejor que la que hubiera hecho Cisneros si ese vil cardenal no le hubiera prohibido la comedia que iba a representar.

ISABEL.— Hablad bajo, que está para llegar. *(Sonríe.)* Ha de dar el “nihil obstat” a esta representación antes de que la repitamos para el rey...

*(Entra el BUFÓN con aire desenfadado.)*

BUFÓN.— Con vuestra licencia, majestad. ¡Diablos! ¡Tampoco está aquí!

ISABEL.— ¿A quién buscas?

BUFÓN.— A vuestro François de Montaigne.

ISABEL.— ¿Mi bufón? No sé dónde se encuentra.

BUFÓN.— ¡Maldita suerte la mía! Jamás hallo ocasión de pelar a ese gabacho. (*Repara en el sombrero que tenía la camarera.*) ¿De nuevo haciendo teatro? (*Al PRÍNCIPE.*) ¿Y vos también? ¿Consintiéndolo? Mal os veo, señores, y señoras. Como se entere el rey...

ISABEL.— ¿Así que es cierto? ¿El rey no ama el teatro?

D. CARLOS.— No, señora.

ISABEL.— Nunca se ha mostrado propicio, mas tampoco jamás le había oído decir...

BUFÓN.— (*Diabólico.*) Sabed, señora, que un día su majestad Don Felipe concluirá por prohibir las representaciones teatrales en todos sus reinos. Concluya la santa y católica España con las comedias, escuela de pasiones malsanas, de perversión y de procacidades.

ISABEL.— (*Riendo.*) ¡Qué dice este diabólico enano! No estás en tus cabales. El teatro es bueno... Muestra el mal a las gentes para que hallen el camino del bien...

D. CARLOS.— (*Voz ronca. Sombrío.*) Señora, jamás el fin justifica los medios, suele decir mi padre. ¿O acaso sería ético, dice el rey, quitar a los nobles sus tierras para dárselas a los hambrientos vasallos que las trabajan? ¿Consideráis lícito no cortar de raíz la vida del hereje so pretexto de no disponer de la vida de un semejante? ¿Quién osaría justificar que el capitán no atacase al enemigo por temor a poner en peligro la vida de sus soldados? Señora... el fin no justifica los medios... Tampoco en el teatro... Y, sin duda, por eso el cardenal Espinosa, queriendo hacerse aún más grato a mi padre, ha prohibido a Cisneros representar...

ISABEL.— (*Pensativa.*) Pero en Francia y en toda Europa se considera que el teatro es bueno, moral, purificador, como lo era en la Grecia de Pericles... (*No sale la reina de su asombro.*)

BUFÓN.— ¡Anatema! ¡Anatema a Francia! ¡Anatema a Europa! ¡Anatema a Grecia! ¡Anatema a Pericles! (*Se revuelca por el suelo fingiendo terrible desesperación.*) ¡Vengan los teólogos y escuchen las procacidades de la reina! ¡Lleve el Santo Oficio a la hoguera a doña Isabel de Valois! (*Queda de rodillas y se santigua. En la puerta aparece la silueta del CARDENAL ESPINOSA, que oye las últimas palabras del ENANO.*) ¡Señor, olvida que la reina de España ama el teatro y házselo olvidar por un milagro para que el Santo Oficio no la prenda!

CARDENAL ESPINOSA.— ¿Qué mofas son esas con el Santo Oficio? Me quejaré al rey de tu desvergüenza, Estebanillo! (*A la reina, melifluo.*) Majestad... Vengo dispuesto a disfrutar con vuestra representación...

D. CARLOS.— ¡Puerco del infierno! Venís dispuesto a soportar... (*Se abalanza sobre él, le agarra y le zarandea.*) A soportar con hipócrita sonrisa la afición de la reina... Decidle a ella que vos fuisteis quien prohibió representar a Cisneros. Decídselo, os digo, o juro que os mataré. (*Le coge por el cuello.*)

CARDENAL ESPINOSA.— (*Muerto de miedo.*) Yo fui, sí... señora..., decidle que me suelte..., me aho... go...

ISABEL.— Dejad al Cardenal, don Carlos.

(DON CARLOS *le sigue zarandeando.*)

D. CARLOS.— Le soltaré cuando jure decir por qué lo hizo.

CARDENAL ESPINOSA.— Os lo diré, señor...

D. CARLOS.— ¿Por qué odiáis el teatro? ¿Por halagar al rey? ¡Responded!

CARDENAL ESPINOSA.— Alteza... el teatro... es escuela de pasiones mal...

BUFÓN.— (*Cortándole.*) ¡Malsanas, de perversión y de procacidades!

D. CARLOS.— ¿Sólo por éso, porque así lo aprendiste de mi padre?

CARDENAL ESPINOSA.— Porque es intrínsecamente nocivo y so pretexto de purificar a la concurrencia vierte conceptos dañinos a la moral cuando no gravemente atentatorios a la fe. Al amparo de la catarsis se emponzoña a las gentes. Y los más insensatos encienden cirios a San Aristóteles y se rasgan las sayas... Pero quienes tal hacen saben, como lo sabemos todos, que ese Aristóteles, padre de la catarsis, era un pagano, como también lo fueron Esquilo, Sófocles y Eurípides. No hay argumento a favor del teatro. La comedia que pretendía representar Cisneros era una de esas obras “aristotélicas”, alteza. (*Lo de “aristotélicas” lo dirá con desprecio.*) Sin duda, la obrita que va a representarse aquí será de otra manera...

D. CARLOS.— Naturalmente. Escrita aquí, por un indígena que acepta vuestras censuras o ha de morir de hambre o emigrar a tierras donde impera la herejía. ¿Sabéis que yo también me marché a Flandes? Tierra de impíos, sí. Mi padre lo ha dispuesto. Corred a preguntárselo. ¡Corred! (*El CARDENAL aprovecha la ocasión para alzarse y salir muy de prisa*)

*de escena.*) ¿No sabíais, señora, que por fin el rey accede a ir a Flandes, para apaciguar aquellas tierras, y voy a acompañarle?

BUFÓN.— No lo penséis, señor. El rey es muy prudente. Y marchar a Flandes sería grave imprudencia.

D. CARLOS.— ¿Qué dices, enano?

BUFÓN.— Lo que oye vuestra alteza.

D. CARLOS.— ¡Yo iré allí!

*(El PRÍNCIPE hace ademán de salir de escena.)*

BUFÓN.— No corra vuestra alteza, que Montigny ya ha sido encarcelado. Sus promesas de llevaros allí, de coronaros y de casaros con la archiduquesa Ana de Austria, no se podrán cumplir desde Simancas.

*(Se inclina y sale. El PRÍNCIPE comienza a ponerse en tensión. La PRINCESA JUANA debe haberse marchado mucho antes, cuando el PRÍNCIPE denostaba a su padre.)*

D. CARLOS.— Simancas... es tierra de Castilla regada por el odio... *(Se muestra enloquecido.)* Señora, vos y mi tío Don Juan de Austria sois los únicos seres que se me aparecen a los ojos blancos y sin mancha... Los demás... Diría que los demás son todos de alma y de cuerpo negro, que semejan a sucias cucarachas invadiéndolo todo a mi alrededor... Todo el alcázar está lleno. Se arrastran por los corredores, invaden el lecho para arrancarme la piel y hasta lo más hondo y mío de mis pensamientos... ¡Cucarachas en el trono, en las cortes y en el Consejo! Cucarachas guardando a mi augusto padre... como si él fuera el rey de todas ellas... Señora... Un día estuvisteis prometida al pobre príncipe de España. Si esa promesa se hubiera cumplido, es muy posible que yo siguiera siendo tan irascible como ahora, pero en vuestra compañía me hubiera sentido lo bastante firme como para ignorar todo ese mundo de negras cucarachas... Vos, señora, no sois, por vuestra ventura, española... ¿Por qué no huís de aquí, lejos, muy lejos, donde no llegue el eco de tanta hipocresía amparada en los dogmas de la fe, donde no llegue el humo espeso que sale de la hoguera del brazo secular...? Mirad que España pierde a quien no sea capaz de matar por la fe o de morir por ella. Huid de aquí, si no, os devorarán...

*(Entra el rey DON FELIPE con su fría sonrisa de siempre.)*

FELIPE II.— Doña Isabel, sabéis que no es prudente consentir largas pláticas a solas con el príncipe.

ISABEL.— *(Señalando a sus camareras.)* Están mis camareras...

FELIPE II.— *(A su hijo.)* Vos deberíais mirar más por el sosiego de la reina, don Carlos... No es prudente cansarla.

D. CARLOS.— Señor... ¿quién va a ir a Flandes en vuestro nombre?

FELIPE II.— Sabe todo el alcázar que mañana parte el duque de Alba.

D. CARLOS.— ¿Por qué no yo? Me destinasteis al nacer para el trono de Flandes.

FELIPE II.— Aún sois muy joven, Don Carlos.

D. CARLOS.— ¿No lo erais vos cuando el emperador os entregó el gobierno?

FELIPE II.— En efecto. Y mientras Dios me dé fuerza para empuñar la espada, seguiré gobernando para bien de España y de los españoles.

D. CARLOS.— Decidme, padre: esa espada ¿contra quién la usaréis si mandáis al de Alba en vuestra plaza a combatir a los flamencos?

FELIPE II.— Los cielos saben que os amo tanto, Don Carlos, que por nada del mundo os mandaría azotar, aunque lo merezcáis...

D. CARLOS.— Señor... ¿Por qué no vestís de negro? Así cuadraríais mejor como rey de todas ellas... Como rey de este pueblo que ya no sabe de otras indulgencias que las plenarias, ni de otra esperanza que la muerte para llegar a sentir, tal vez desde la nada, la propia libertad.

*(Con gesto de asco, el príncipe sale renqueando.)*

FELIPE II.— *(Preocupado.)* ¿Desde la nada ha dicho o no he oído bien?

ISABEL.— No sé, no escuchaba, señor.

*(El Rey hace un gesto de preocupación.)*

*(Oscuro.)*

## ESCENA III

*(En la cámara del príncipe DON CARLOS. Ahora hay en ella algo que no había durante la escena de la prueba de la virilidad: un cordón que cuelga junto a la cabecera del lecho. Este cordón comunica, mediante un complicado artilugio metálico, con la puerta en la que acciona unas fuertes barras que sirven de cerrojo. No obstante, dado el tono de la obra, no es recomendable que el artilugio sea real y basta, por tanto, que esté sugerido y que sus efectos se hagan notar por las acciones de los intérpretes. Entra en su cámara el príncipe. Comprueba que no hay nadie en ella y se vuelve hacia atrás. Habla en tono confidencial.)*

D. CARLOS.— Pasad... Pasad... Aquí estaremos tranquilos.

*(A partir de este momento el príncipe se comportará como persona que se siente acechada y trata de mantenerse alerta y de evitar que los posibles espías logren su propósito. Entra DON JUAN DE AUSTRIA.*

*El PRÍNCIPE se cerciora de que nadie les ha seguido y luego corre hacia su cama, ase el cordón y tira de él.)*

D. JUAN.— ¿Qué hacéis, Don Carlos?

D. CARLOS.— Tratad de abrir la puerta... Vamos... Intentadlo... *(DON JUAN vuelve sobre sus pasos, intenta abrir la puerta, pero la puerta permanece cerrada.)* Tampoco desde fuera puede abrirse, sabéis... *(Señala el cordón.)* Es un admirable ingenio que nos permitirá estar seguros... Nadie nos importunará. Y aunque mis enemigos traten de sorprenderme, no podrán conseguirlo. ¡Ni por la noche! El artilugio es obra del ingeniero Luis de Foix. Se lo he encargado al darme cuenta de que todos quieren aniquilarme en la corte...

D. JUAN.— Todos, no, Don Carlos.

D. CARLOS.— No, ya sé que vos, no. *(Volviendo sobre el artilugio.)* Ha sido costoso, pero la seguridad no tiene precio... Por fin he logrado sentir la

paz en algún lugar. Aquí. Cuando cierro la puerta desde el lecho duermo sin temor... Antes no podía. Sabía que una noche u otra mi padre y los suyos caerían sobre mí...

D. JUAN.— ¿Cómo habéis podido pensar semejante desatino?

D. CARLOS.— ¿Desatino? No, no lo es. Desde que he probado que soy varón, el rey está furioso. Ahora no puede argumentar que me niega la participación en el gobierno porque soy incapaz... Pero ya veis... Ha mandado al duque de Alba a los Países Bajos... Y a mí me deja aquí... ¿Por qué? ¿Lo adivináis? No le agrada que pueda ser simpático a los flamencos... Y tiene miedo... Sí, miedo, don Juan, no lo dudéis... Le falta el coraje de vuestro padre, mi gran abuelo el emperador. Vos, no, vos sois como mi abuelo: bravo. Sin embargo... cuidaros mucho del rey. Nunca lograréis saber lo que piensa... (*Por el cordón.*) ¿Por qué no os hacéis instalar uno igual en vuestra cámara? El ingeniero Foix os lo hará de buen grado si yo os recomiendo a él.

D. JUAN.— No temo que nadie me sorprenda de día ni de noche.

D. CARLOS.— (*Con admiración.*) ¡Sois valiente! ¡Pero cuidado! El alcázar está preñado de peligros. ¿Quién los pone? ¿Mi padre? ¿Sus fieles servidores? No sabría decirlo, pero acechan por todas partes, como las cucarachas... Se ocultan en las rendijas y en la sombra. Y hay que prevenirse... ¿Sabéis que al barón de Montigny le han arrestado? (*Muy confidencial.*) Está preso en Simancas. He tenido una confidencia. Tened mucho cuidado... A pesar de todo, no lograrán arrebatarnos el triunfo.

D. JUAN.— No os comprendo, don Carlos.

D. CARLOS.— (*Mostrándole unos documentos.*) ¡Mirad! Son cartas de crédito que han logrado para mí algunos pocos fieles servidores. ¡Y dinero! Así podré llegar con dignidad a Flandes.

D. JUAN.— Así que al fin su majestad ha decidido ir a Flandes...

D. CARLOS.— No. ¡Sssst! No habléis fuerte. (*Va hacia la puerta y escucha un momento. Luego regresa al lado de su tío y habla con voz extremadamente cautelosa en tono confidencial.*) El rey no irá. Tiene miedo. Pero yo iré. No, no no, no lo ha dispuesto él, sino el destino. Iré por fin a cumplir la voluntad del rey.

D. JUAN.— Pero si decís que él no quiere, ¿cómo iréis a cumplir su voluntad?

D. CARLOS.— ¡De antaño! Sí, cuando el rey me había destinado al gobierno de los Países Bajos. Al nacer yo, ¿recordáis? Él lo quiso primero y ahora



que no lo quiere, no podrá remediarlo. ¡Lo dispone el Destino! El pobre rey no está bien de la cabeza, desvaría. ¡Pero alguien ha de alzarse en defensa de los intereses de la corona! ¡Yo me alzaré! (*Entusiasmado, ante el asombro del tío.*) En Gante casaré con la archiduquesa Ana. ¡Y seré rey! Os he mandado llamar porque sé cuánto me amáis y cuánto os place mi alegría. Deseaba decíroslo y pidiros ayuda. ¡Vos sois mi hombre! Tengo entendido que estáis armando una flota con base en Cartagena. Vos y yo lograremos escarmentar a quienes han tomado el partido de mi padre... ¡A todos los miserables que dudan de mí! Ya sé, ya sé que sois hermano de mi padre... pero ¡bastardo! Mío, sin embargo, sois amigo entrañable por quien yo daría hasta la última gota de mi sangre. El único en quien puedo fiar. Preciso llegar en una de vuestras naves a Italia. De allí partiré sin demora hacia Gante. Me esperan impacientes. Me habló de ello Montigny antes de que lo apresaran. ¿Sabéis que allí no hay cucarachas en palacio?

D. JUAN.— En todas partes, en todas, las hay, alteza. En todos los palacios y en todas las casas...

D. CARLOS.— No, no, no. En Gante no. Dicen que aquel palacio es blanco, alegre y transparente. Y que la risa de un niño lanzada en un extremo, va recorriendo los claustros y las cámaras, atraviesa los muros y llega al otro extremo como si fuera el tintineo de una campana. (*Sombrío.*) Aquí, eso nunca ocurre. Nadie ríe. (*Piensa un momento.*) Dicen que la risa es esperanza... ¿será cierto, don Juan? Si fuera así, ¿no os parece que deberíamos reír? (*Intenta reír.*) No, no se puede... (*Coge por la ropa al tío.*) ¡Decidme cómo puede reír nadie entre estas lóbregas paredes!

D. JUAN.— (*Frío.*) Sosegáos, alteza...

D. CARLOS.— Sosegaos... Habláis como mi padre. Él siempre que me habla es para decirme... ¡sosegaos! Vos no debéis hablar así. Sois mi amigo, mi confidente...

D. JUAN.— (*Visiblemente sorprendido por la revelación.*) ¿Cuándo pensáis partir, alteza?

D. CARLOS.— ¡Sin demora! Es preciso aprovechar que mi padre ha marchado a El Escorial. Llega la Navidad y mi padre tendrá que orar largamente estos días. No regresará antes de un mes. Cuando regrese... (*Risita de deleite.*) “consumatum est”. (*Sigue riendo.*) Es urgente. ¿Cuándo podré embarcar?

- D. JUAN.— No bien regrese yo de El Escorial.
- D. CARLOS.— (*Da un paso atrás.*) ¿Vais a ir allí? (*Está alarmado.*) A decirle a mi padre...
- D. JUAN.— ¡Sosegaos, alteza! El rey me ha mandado llamar para darme las últimas órdenes sobre los negocios relativos a la armada. Comprended que si no fuera allí, el rey sospecharía. Debo ir y tratar los negocios y mostrarme tranquilo, como si nada de lo vuestro supiera. (*Estas frases deberá decirlas Don Juan con excesiva intención de convencer al príncipe de su lealtad hacia él.*)
- D. CARLOS.— ¡Cierto! Sois tan hábil diplomático como soldado. Si no fuerais a El Escorial mi padre sospecharía. ¡Corred! ¡Corred allí! y comportaos con mucho disimulo. (*Pensativo, dentro de su obsesión.*) ¿Mas qué digo? ¡Si sois el príncipe del disimulo! (*Preocupado.*) ¿No disimularéis también en mi presencia? No, no, no, no es posible. Decid que no me engaño, no. La reina y vos miráis con tal pureza que no podéis mentir. ¿No es cierto, don Juan?
- D. JUAN.— Lo es, don Carlos.
- D. CARLOS.— (*Más calmado.*) ¿Cuándo veréis a mi padre?
- D. JUAN.— Mañana parto para El Escorial.
- D. CARLOS.— El rey demora con exceso sus negocios. ¡Regresad pronto!
- D. JUAN.— Lograré despachar rápidamente con él.
- D. CARLOS.— ¡Sí, lo lograréis! ¡Vos lo lográis todo! Parece como si hubierais nacido bajo el signo del triunfo. Yo, sin embargo...
- D. JUAN.— (*Con veladísima ironía.*) Os vais a alzar con el gobierno de los Países Bajos.
- D. CARLOS.— (*Con cansancio.*) Sí, cierto. Mi signo ha cambiado... ¿Sabéis qué pienso hacer? ¡Comportarme como buen cristiano!
- D. JUAN.— Siempre lo fuisteis...
- D. CARLOS.— No lo creáis. (*Nuevamente confidencial.*) Hace ya mucho tiempo que no recibo los Sacramentos de la Penitencia ni de la Comunión. Sin embargo, he pensado que debo ser buen católico... ¡para ser buen rey! (*Pensativo.*) Decidme... ¿Vos sabéis por qué es preciso ser buen católico para ser buen rey?
- D. JUAN.— Porque la Gracia Divina ayuda a gobernar con piedad y justeza.
- D. CARLOS.— (*Pensativo e incrédulo.*) ¿Como en España?
- D. JUAN.— Sí.

- D. CARLOS.— (*Dándose por vencido.*) Sois tan sutil que en ocasiones no logro seguir vuestros argumentos. Pero eso es lo que menos importa. ¡Corred a ver al rey y regresad aquí! Yo seré rey de Flandes y vos mi consejero.
- D. JUAN.— (*Distraídamente ha llegado junto a la mesa de noche del príncipe y observa que allí hay dos libros. Toma uno de ellos. Lo abre.*) “Viajes de su majestad el rey Don Felipe”. (*Es el título que lee el tío en voz alta.*)
- D. CARLOS.— ¡Lo he escrito yo!
- D. JUAN.— (*Pasando las hojas y leyendo.*) Pero aquí... aquí solo pone... (*Lee.*) Viaje de Madrid a El Pardo. De El Pardo a El Escorial. De El Escorial a Aranjuez... De Aranjuez a Toledo... De Toledo a Valladolid. De Valladolid a Burgos. De Burgos a Madrid. De El Pardo a Aranjuez... De Aranjuez a El Escorial. De El Escorial a Madrid...
- D. CARLOS.— ¿No son esos sus viajes? ¿Acaso hay otros por otras tierras de sus estados? (*Le muestra el otro libro.*) Mirad... Este otro... No es un libro, aunque así lo parezca. Es un arma. Es de hierro. Quien llegue hasta mi cama será muerto de golpe, por mí.
- D. JUAN.— ¡Qué gran idea habéis tenido!
- D. CARLOS.— No es mía. Antaño hubo un obispo que estaba prisionero y un día cubrió un ladrillo con el cuero de su breviario y así logró golpear y matar a sus guardianes. ¡Luego huyó!
- D. JUAN.— Admirable, señor. Y ahora, si dais licencia...
- D. CARLOS.— Id con Dios. Y volved pronto. (*Acciona el cordón.*) La puerta está abierta.

(DON JUAN DE AUSTRIA sale.)  
(oscuro.)

#### ESCENA IV

(*Rincón conventual en el Real Sitio. El rey DON FELIPE llega, caminando, acompañado por su hermano bastardo, DON JUAN DE AUSTRIA.*)

FELIPE II.— Cuanto decís me inquieta y es prueba inequívoca de la agravación de los males de mi hijo. (*Se ha detenido frío, meditabundo.*) ¿Así que Cartagena?

D. JUAN.— Sí, majestad.

FELIPE II.— Conviene mantener sus ilusiones. Hasta que yo regrese.

D. JUAN.— ¿Pronto, majestad?

FELIPE II.— Temo que no será posible. He de asistir a la consagración de una iglesia para los monjes de San Jerónimo. Y también he de asistir a la profesión de fe de un religioso. Y aún habré de ocuparme de ordenar oraciones a todos los priores de todos los conventos, a fin de que el cielo me inspire para tomar la resolución justa.

D. JUAN.— Mirad que las noticias que llegan de Flandes son muy graves y que en cualquier momento el príncipe Don Carlos puede escapar allí.

FELIPE II.— No escapará, hermano. Daré las instrucciones para evitarlo. Luego, cuando yo regrese, tomaré la resolución que el cielo me inspire.

D. JUAN.— Considerad que, a pesar de la vigilancia, el príncipe puede...

FELIPE II.— No podrá. Por otro lado ¿qué hacer sin la adecuada inspiración divina? Grave cuestión es ésta para la conciencia de un rey y de un padre. Mis reinos precisan de un heredero firme, que gobierne con minuciosidad y con justeza. Si los cielos me han negado ese heredero hasta hoy y sólo me han dado a la dulce infantita Isabel Clara Eugenia ¿no es justo que sean ellos quienes me muestren el camino para resolver el gran problema que ellos, al no darme heredero, me han creado?

D. JUAN.— Es muy prudente observación.

FELIPE II.— ¡Ah, si mi hijo Carlos hubiera sido como yo! Que son la Prudencia y la Fe los únicos caminos para regir con acierto tantos pueblos. Vos, Don Juan, hablaréis con él, os mostraréis afectuoso y procuraréis retenerle en la corte hasta mi regreso.

D. JUAN.— ¿Y si no me hace caso?

FELIPE II.— Os lo hará. Es un imbécil. Y os admira. Pero aunque no os lo hiciera, otras personas le retendrán en la corte. ¿Habéis visto a la reina?

D. JUAN.— (*Asintiendo.*) Os envía sus recuerdos.

FELIPE II.— Me place. Acompañadme a orar...

(*Los dos continúan su camino y salen de escena.*)

(*Oscuro.*)

## ESCENA V

*(Al iluminarse sólo veremos un confesionario. En su interior un clérigo. Fuera, de rodillas, el príncipe DON CARLOS. Se oye el bisbiseo de la confesión. Poco a poco empieza a subir el tono del diálogo, hasta que lo que hablan ministro y penitente se escuche con claridad.)*

CONFESOR.— *(Aún en voz baja.)* Bien, decidme quién es.

D. CARLOS.— *(Igual.)* ¿No os basta el hecho?

CONFESOR.— Es preciso determinar la persona.

D. CARLOS.— *(Más alto.)* ¿Para qué?

CONFESOR.— Depende de quién sea, el que os ponga una u otra penitencia.

D. CARLOS.— ¡No lo diré!

CONFESOR.— En tal caso, no os podré dar la absolución, alteza.

D. CARLOS.— Si lo digo... ¿me la daréis?

CONFESOR.— Naturalmente. *(Un silencio.)* Decid de una vez quién es esa persona por la que profesáis un odio mortal, según vuestras palabras. *(Un silencio.)* ¡Decidlo y os absuelvo!

D. CARLOS.— ¡Mi padre, el rey!

*(El CONFESOR sale como una centella del confesionario.)*

CONFESOR.— ¿He oído bien? ¿Que odiáis a muerte a vuestro padre?

D. CARLOS.— Con todas mis pobres fuerzas.

CONFESOR.— Eso es tan grave que... *(Queda pensativo.)*

D. CARLOS.— ¿Qué? ¡Decidlo!

CONFESOR.— ¡No os podré absolver!

D. CARLOS.— ¡Embustero! Me habéis engañado con la promesa de absolverme si os lo decía. *(La conversación es ahora un puro grito.)*

CONFESOR.— *(Energuménico.)* ¡Ese pecado no puede absolverse!

D. CARLOS.— ¡Vos no, pero otros habrá que lo hagan por vos!

*(Entra el PRIOR con otros dos clérigos.)*

PRIOR.— ¿Qué ocurre, alteza? Esas voces...

D. CARLOS.— ¡No me quiere absolver!

CONFESOR.— Padre Prior, no puedo. ¡Teológicamente es imposible absolver a un príncipe que asegura odiar a muerte a su padre el rey!

PRIOR.— (*Aterrado.*) ¡Eso habéis confesado!

D. CARLOS.— ¡Así guardáis el secreto de confesión, infame!

CONFESOR.— ¡Lo habéis gritado a los cuatro vientos!

D. CARLOS.— ¡Porque estábamos solos! (*Al PRIOR.*) Haced que le excomulguen por faltar al secreto de confesión. ¡Y absolvedme vos!

PRIOR.— Lo haría de muy buen grado, pero tiene razón el padre Juan. No es posible daros la absolución, a no ser...

D. CARLOS.— ¿Qué?

PRIOR.— Que os mostréis contrito y arrepentido de haber odiado así al rey.

D. CARLOS.— No me arrepiento. Es mi orgullo. ¡El suyo es perseguirme y el mío odiarle!

PRIOR.— Si es así, no os daré la absolución...

D. CARLOS.— Yo he de comulgar mañana públicamente, antes de partir a... (*Se corta.*)

PRIOR.— ¿Dónde?

D. CARLOS.— Eso no os incumbe. Pero he de comulgar públicamente para ejemplo de los vasallos.

PRIOR.— (*Firme.*) No podréis comulgar.

D. CARLOS.— Comulgaré aunque os opongáis...

PRIOR.— ¿Haríais tal herejía?

D. CARLOS.— ¡No... no soy hereje! ¡Tengo la solución! Ya que no me absolvéis, al menos podréis darme mañana, durante la celebración pública de la misa, una hostia sin consagrar.

PRIOR.— Ni mis manos ni las de ninguno de mis hijos del convento lo harán. Sería como un sacrilegio...

D. CARLOS.— Vos lo habéis dicho. ¡Como un sacrilegio, pero no un sacrilegio!

PRIOR.— ¡Sería una farsa indigna!

D. CARLOS.— ¿No os habéis avenido jamás a hacer ninguna farsa?

PRIOR.— ¡Callad, alteza! No sigáis jugando con tan venerables cosas...

D. CARLOS.— (*Cambiando de táctica se arrodilla ante el PRIOR.*) Perdonad, padre, no sé lo que digo... ¿Me perdonáis? (*Asiente magnánimo el PRIOR.*)

Yo os prometo considerar mis sentimientos hacia el rey, pero es preciso que comulgue mañana... Os lo imploro, padre prior... Una hostia sin

consagrar y aquí paz y después gloria... ¿Verdad que lo haréis? ¿Verdad que no negaréis ese favor al príncipe de España?

PRIOR.— Cuando vuestro odio por ese santo varón que es nuestro rey se haya calmado, cuando hayáis comprendido que es el más honesto caballero que ha pisado esta tierra de pecadores, venid a mí y os daré la absolución y, personalmente oficiaré y consagraré para vos.

D. CARLOS.— (*Decepcionado.*) ¿Y antes... no?

PRIOR.— No, hijo mío.

D. CARLOS.— (*Se alza furioso.*) Bien decís, “hijo mío”... Que ya como hijo vuestro soy y os odio casi tanto como a mi augusto padre.

(*El PRÍNCIPE sale furioso de escena.*)

PRIOR.— (*Santiguándose.*) Oremos hermanos...

(*Continúa orando.*)

(*Oscuro.*)

## ESCENA VI

(*Cámara real que ya conocemos. Van entrando en ella el CARDENAL ESPINOSA, los obispos de Orihuela y de Canarias, el Prior Don Antonio de Toledo y el jurisconsulto —también clérigo— MARTÍN NAVARRO DE AZPILICUETA. Van a situarse en torno a la mesa que habrá en el centro. Sobre la mesa, un crucifijo. Todos con sus oscuras ropas, deberán recordar vagamente las alusiones del príncipe DON CARLOS.*)

CARDENAL ESPINOSA.— Su majestad nos ha convocado para un grave negocio en el que desea oírnos como prestigiosos teólogos. Después de una prolongada ausencia ha regresado a la corte desde El Escorial, y no bien haya concluido de conversar en familia con la reina y el príncipe, llegará a exponeros personalmente la cuestión.

*(Entra el PRÍNCIPE DE ÉBOLI por otra puerta.)*

ÉBOLI.— ¡Señores, el rey llega!

NAVARRO DE AZPILICUETA.— No se hace esperar. Muy grave ha de ser...

CARDENAL ESPINOSA.— ¡Lo es!

*(Entra el rey con caminar pausado, va a la mesa y se sienta en el sillón. Apoya la cabeza entre las manos. Todos al entrar él, se han inclinado.)*

FELIPE II.— Vos, tan fieles amigos, bien sabéis que por ley de la naturaleza amo entrañablemente a mi hijo el príncipe don Carlos. Le amo más que a mí mismo. Pero por encima de ese amor paterno y amor propio, he de considerar la ley de Dios y la salud de mi pueblo. Estas consideraciones ¡ay!, han de preceder a las leyes de la naturaleza. ¿Estáis de acuerdo? *(Murmillos de asentimiento general.)* Deseo, pues, proponeros una cuestión de suma gravedad. *(Alza la vista por primera vez y habla fríamente.)* Si bien es cierto que hasta ahora el disimulo de los delitos y locuras de mi hijo y mi dilación en castigarlos no han hecho daño alguno a la fe ni a mis estados, es posible que en breve una y otros se vean en peligro por razones obvias. Yo os pregunto, como teólogos y jurisconsultos: ¿Debo seguir disimulando con él? ¿Debo hacer caer sobre su cabeza el peso de la justicia divina? Mi hijo, entre otras cosas, ha pretendido comulgar con una hostia sin consagrar.

*(Los teólogos murmuran entre sí unos instantes y pronto callan. En nombre de todos ellos habla NAVARRO DE AZPILICUETA.)*

NAVARRO DE AZPILICUETA.— Señor, aunque como padre amantísimo os duela nuestro consejo, sabed que os lo damos como verdad objetiva: la salud del pueblo debe ser más estimable que la de vuestro hijo. Recordad, señor, cómo el ejemplo de Moisés puede ser vuestra guía. Moisés pidió ser castigado del cielo por el bien de su pueblo. El pecado debe merecer nuestro católico perdón; pero los delitos abominables, como los de vuestro hijo, han de ser sofocados. Este es nuestro consejo, majestad. Consejo doloroso, mas leal.



CARDENAL ESPINOSA.— Y en el momento de dar tan duro paso, señor, avanzad firme el pie y tomad como ejemplo la leal firmeza de Abraham al levantar su brazo ejecutor.

FELIPE II.— (*Más sosegado, se arrodilla.*) Vuestras palabras son bálsamo que alivia mi pesar. Entiendo que vuestras palabras me exoneran de dar cuenta a Dios por obrar con mi hijo como habré de hacerlo. Ante este crucifijo, aquí mismo, ahora mismo, declaro que no obro como padre sino como rey católico, apostólico, romano y ante él descargo mi conciencia, que si alguna culpa existiere no me será imputable a mí, sino a vosotros como consejeros. (*Se alza el rey en silencio.*) Gracias por vuestra leal justeza de criterio. Podéis retiraros. Tú no, Éboli. Espera.

*(Todos van saliendo silenciosos. Cuando quedan solos el PRÍNCIPE DE ÉBOLI y el rey, DON FELIPE habla, sin el menor énfasis, pero con firmeza.)*

FELIPE II.— Como mayordomo de mi hijo te ocuparás de hacer que no funcione esta noche el artilugio que ha instalado en su cámara el ingeniero Foix, y que desaparezca el arma arrojadiza en forma de libro que hay sobre la mesilla de su alteza. Luego vendrás aquí. (*Hace un gesto de despedida al PRÍNCIPE DE ÉBOLI.*)

*(El PRÍNCIPE DE ÉBOLI se inclina y sale. El Rey queda un momento pensativo.)*

FELIPE II.— (*Llamando.*) ¡Acuña! ¡Acuña!

*(En seguida entra DIEGO DE ACUÑA.)*

ACUÑA.— Majestad.

FELIPE II.— Esta noche deberás prevenir al duque de Feria, al prior de San Juan y a don Pedro Manuel, que junto contigo y dos ayudas de cámara, provistos de martillos y clavos, y un teniente al mando de doce alabarderos, se apresten a una grave misión. Ahora tráeme mi casco de guerra y mi coraza.

ACUÑA.— Majestad... ¿partimos esta noche a la guerra de Flandes?

FELIPE II.— (*Sombrio.*) Partís con vuestro rey a una misión histórica. Me vais a acompañar a ofrendar a Dios, cual si yo fuera un nuevo Abraham, el sacrificio de mi carne y de mi sangre. Seréis testigo de mi amor a Dios, de mi respeto al bien público y de mi absoluto desprecio por todas las cosas temporales.

(*Oscuro.*)

## ESCENA VII

(*Cámara del príncipe. de noche. El príncipe se halla acostado y duerme. Arde la chimenea.*)

*Súbitamente irrumpe en su cámara un tropel de gente capitaneado por el propio rey, que se cubre la cabeza con un casco y lleva debajo del jubón de raso negro una coraza; la espada en la mano y el gesto altivo y regio. Componen el grupo, además de los soldados los criados con martillos y clavos y los dos gentileshombres —PEDRO MANUEL y DIEGO DE ACUÑA— el DUQUE DE FERIA, DON LUIS QUIJADA, el PRIOR DON ANTONIO y el PRÍNCIPE DE ÉBOLI. Con el cortejo también llega el BUFÓN. Varios soldados llevan hachas encendidas, de manera que, independientemente de la luz precisa para que el director dé la sensación de una luz fantasmal, los espectadores tengan la impresión de que son las hachas la única fuente de luz de esta escena. Al moverse quienes llevan las luces, sugerirán un cierto ambiente fantasmagórico. El grupo de gente no habla, se limita a ahogar algún comentario, a cumplir alguna orden dada por el rey en voz muy baja.)*

FELIPE II.— ¡Vosotros! ¡El arcón! Vosotros... Clavad la ventana.

(*Dos criados empiezan a clavar la ventana. El PRÍNCIPE, sobresaltado, se incorpora en la cama.*)

D. CARLOS.— ¡Quién va!

ÉBOLI.— El Consejo de Estado, alteza.

FELIPE II.— ¡El puñal y la espada! ¡Cogedlos!

*(Un soldado los coge del lugar donde el príncipe los había dejado al acostarse. DON CARLOS se arroja de la cama mientras grita:)*

D. CARLOS.— ¡A mí la guardia! ¡Hay gente en la cámara del príncipe! *(Va al lugar donde dejó el puñal y la espada. Los busca afanosamente y al ver que un soldado los ha colocado a los pies del rey, quedando a su lado de guardia, DON CARLOS va hacia sus armas con intención de cogerlas.)* ¡No os será fácil! ¡Traición me han hecho mis servidores...! ¡Pero no me prenderéis vivo! *(Va a inclinarse a coger sus armas, pero el soldado, ante un gesto del rey, le sujeta, impidiéndoselo.)* ¡Suéltame! ¡Quién te permite poner las manos sobre el príncipe de España!

FELIPE II.— El rey, don Carlos.

D. CARLOS.— ¿Vos? *(El PRÍNCIPE jadea.)* ¿Qué queréis de mí?

FELIPE II.— ¿No es bastante lo que habéis hecho? ¿Aún queréis que os lo explique? *(Al PRÍNCIPE DE ÉBOLI.)* ¡Abrid el arca!

D. CARLOS.— ¡No! ¡No la abráis! *(Trata de impedirlo.)*

ÉBOLI.— Está cerrada con llave, señor.

FELIPE II.— ¡La llave, don Carlos!

D. CARLOS.— ¡No os la daré! Todo lo que hay en ella es mío. Nadie tiene derecho a conocerlo. ¡Ni vos!

FELIPE II.— Descerrajadla.

*(Un soldado empieza a pegar golpes de machete hasta que se abre. Mientras el soldado golpea el arcón, grita el príncipe.)*

D. CARLOS.— ¡Salid de aquí! No hay derecho humano ni divino que os permita invadir esta cámara. ¡Ni a vos! *(Se encara con el padre.)*

*(El soldado ha abierto y el PRÍNCIPE DE ÉBOLI saca unos cuantos papeles. Los repasa rápidamente RUY GÓMEZ.)*

ÉBOLI.— Majestad, unas cartas de crédito... Cartas de Flandes y... dos relaciones.

FELIPE II.— Leed los nombres en ellas contenidos.

ÉBOLI.— (*Leyendo una.*) El rey, Ruy Gómez, Doña Ana de Mendoza, cardenal Espinosa, Fernando Álvarez de Toledo...

D. CARLOS.— Son mis enemigos, a quienes guardaré odio eterno, aún más allá de la muerte, cuando mi cuerpo esté pudriéndose en el hermoso pudridero que ha concebido mi padre en su famoso monasterio, y mi alma esté penando en los infiernos o reposando plácidamente en la nada.

FELIPE II.— (*Espantado.*) ¡La nada! ¡La nada! Dijisteis la nada. (*A ÉBOLI.*) ¿Y en la otra...?

ÉBOLI.— (*Leyendo.*) La reina doña Isabel, mi queridísimo tío don Juan de Austria...

D. CARLOS.— (*Casi babeando, forcejea por soltarse.*) ¡Borradlo de esa lista! ¡Me ha traicionado! ¡No quiero que permanezca entre mis amigos! ¡Borradlo os digo y también a ése! Borrad a Luis Quijada. (*Señala a Quijada.*) ¡Traidores! ¡Sólo ella no me ha traicionado! ¡Dejad sólo el nombre de la bendita reina de España! Ella es...

FELIPE II.— ¡Basta, don Carlos! ¡Sosegaos!

*(El soldado suelta al príncipe y éste cae de rodillas ante el rey. Otro soldado habrá tenido la precaución de llevarse las armas de DON CARLOS.)*

FELIPE II.— ¡Arrojadlo al fuego!

ÉBOLI.— ¿Todo, majestad?

FELIPE II.— No es preciso guardar documentos que sólo han de comprometer el prestigio del príncipe. ¡Todos!

*(ÉBOLI se apresura a echarlos al fuego. El fuego se aviva por efecto de las llamas de los papeles arrojados.)*

D. CARLOS.— Mirad, señor, que al hurtar a la Historia todos esos papeles perderéis el derecho a ser juzgado con la mejor justicia. ¡Me estáis comprometiendo! (*Se abalanza sobre el fuego para rescatarlos.*) ¡Son documentos míos y de la Historia! (*Alguien le sujeta.*)

*(El rey contempla cómo acaban de arder los documentos.)*

FELIPE II.— ¡Apagad al punto ese fuego!

*(Un soldado se ocupa de apagarlo.)*

D. CARLOS.— ¿Porqué no me matáis, don Felipe el Prudente? ¿Por qué no concluís con el infierno de esta vida que vos me disteis sin pedíroslo yo? ¡Acabad de una vez! Por vuestro bien, por el de España y por el mío. No me prendáis, que así sólo lograréis alargarme esta agonía en que vivo desde que nací. Si no lo hacéis, yo mismo me daré la muerte que apetezco.

FELIPE II.— Si os mataseis daríais prueba de estar loco.

D. CARLOS.— *(Abrazándose a los pies del rey, ante el que estaba arrodillado.)* Matadme, por piedad... no estoy loco, señor... Estoy harto de verme y soportarme... No quiero verlas más... Me acosan pero no me devoran... A veces sueño que vienen hacia mí para acabar conmigo, pero me miran, sucias, negras y parece que ríen y se marchan dejándome agitado... ¡Libradme de las cucarachas! Os lo imploro, padre mío... *(Solloza ahora abiertamente abrazado a su padre.)*

FELIPE II.— *(Soltándose de la presión del hijo. Se aleja un paso de él.)* Desde hoy no os trataré como padre, sino como vasallo indigno. Vos, duque de Feria, vigilaréis al príncipe hasta que sea trasladado a la celda que se ha de destinarle. Vos, clavaréis la puerta. *(Ahora habla a todos.)* Cuento con la fidelidad que todos me habéis jurado.

*(El rey se aleja lentamente, sin prisa, con andar leve y frío, después de haber envainado la espada que durante toda la escena tenía en la mano.)*

*Todos los presentes van cogiendo objetos y se los llevan, de manera que la escena quede completamente desnuda. Solo, en el centro, queda el príncipe. Desde un lateral, el BUFÓN le contempla.)*

D. CARLOS.— *(Hecho un ovillo en el suelo, lanza un alarido.)* ¡Matadme, os digo! ¡Matadme! ¡Quiero ser libre! *(Golpea las manos contra el suelo)*

*mientras grita obsesivamente.) ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! (Solloza.)*

BUFÓN.— *(Con tristeza, sonrío.) ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria del rey nuestro señor frente al enemigo! (Se va gritando.) ¡Habéis vencido, don Felipe! Sois un gran genio de la estrategia de la guerra.*

*(El PRÍNCIPE, solo, continúa sollozando, hecho un ovillo en el centro de la escena.)*

*(Oscuro.)*

## ESCENA VIII

*(La reina, enlutada, habla al rey, que se mantiene con la mirada lejana. La reina está inclinada hacia delante.)*

ISABEL.— Tened piedad, señor.

FELIPE II.— Una piedad infinita siento por él, señora.

ISABEL.— ¿Le pondréis en libertad?

FELIPE II.— No es posible. No he sido yo quien lo ha querido. Es voluntad divina.

ISABEL.— No es posible, señor.

FELIPE II.— La Teología y el Derecho me respaldan y exculpan.

ISABEL.— Si no le libertáis... Habrá de morir en prisión, si Dios no lo remedia...

FELIPE II.— El Señor detuvo la mano de Abraham. También puede hacer un milagro...

ISABEL.— ¿Y si el milagro... no ocurre?

FELIPE II.— Morirá, señora.

ISABEL.— No podéis consentirlo...

FELIPE II.— Mi hijo está loco.

ISABEL.— Pero qué culpa tiene él de su locura.

FELIPE II.— ¿Y qué culpa tiene la corona de España?

ISABEL.— *(Cayendo de rodillas.) ¡Piedad, señor, piedad! Tened piedad del príncipe.*

FELIPE II.— Infinita es mi piedad, mas nada puedo hacer.

ISABEL.— Mirad que va a morir.

FELIPE II.— Su locura lo impone.

ISABEL.— Majestad, el murciélago vivo... ¡La muerte es espantosa!

FELIPE II.— Pero el espíritu, esposa, es bello, tiene alas y si mi hijo sabe arrepentirse a tiempo, algún día su espíritu podrá volar a la diestra del Padre. Todo es hermoso, cuando se piensa en el espíritu, señora. Y ahora alzaos. Os ruego que no me volváis a recordar la existencia del príncipe. El príncipe ya ha muerto en mi desgarrado corazón. Ya es sólo espíritu rebelde. Quitaos ese luto y no volváis jamás a repetir su nombre. Para vos, también, el príncipe está muerto. Alzaos, que no es buena tal postura para vuestra preñez. Por cierto, estoy pensando que para esta ocasión podríamos pedir... *(Doña Isabel se levanta muy lentamente y lentamente sale. El rey sigue hablando.)* Sí, pediremos a mi suegra la cuna en que nació el rey San Luis de Francia. El trono precisa de un varón... Y San Luis no nos podrá negar este don.

*(DOÑA ISABEL, desde el lateral, mira en silencio a su esposo, da media vuelta y se marcha.)*

*(Oscuro.)*

## ESCENA IX

*(Pequeña y lóbrega cámara. Ambiente sombrío; estrechez y frialdad. Pequeño ventanuco enrejado. El príncipe, envuelto en una manta, está acostado en un camastro. Se abre la puerta y entra el PRÍNCIPE DE ÉBOLI acompañado por un clérigo. Lejos se oye una campanilla.)*

ÉBOLI.— Alteza... es el Viático.

D. CARLOS.— *(Habla sin fuerzas.)* Al fin mi padre accede a permitir que tome la Sagrada Comunión.

ÉBOLI.— Os habéis arrepentido sinceramente. Vuestro padre es muy justo.

D. CARLOS.— Quién lo duda...

*(El príncipe se incorpora lentamente.)*

ÉBOLI.— ¿Qué hacéis?

D. CARLOS.— Deseo comulgar como es debido... *(Se arrodilla. Adopta una actitud devota; aunque su cuerpo vacila por culpa de la enfermedad.)*

*(Entra un sacerdote revestido para dar la comunión, al que acompaña un acólito con un cirio. Puede ser también un paje.)*

*(El clérigo le da la comunión murmurando las clásicas palabras: "Corpus Dominni Nostri Jesucristi custodiat animam tuam in vita aeterna. Amen." Concluida la comunión, el clérigo sale sin decir palabra. Los campanillazos ahora se alejan. El príncipe coge devotamente con sus dos manos el crucifijo que cuelga de su cuello. El príncipe se estremece, se tambalea.)*

ÉBOLI.— Volved al lecho, alteza. No hagáis esfuerzos...

D. CARLOS.— Me duele mucho, Ruy Gómez... ¿Por qué siento tan terrible dolor en el vientre...?

ÉBOLI.— Luego de un ayuno de setenta horas, comísteis demasiado...

D. CARLOS.— Y tú, mi mayordomo, el encargado de ordenar y vigilar cómo me preparan la comida... ¿por qué lo permitiste?

ÉBOLI.— Tengo orden de concederos lo que pidáis...

D. CARLOS.— ¿También la libertad?

*(Un silencio. El otro no responde. El príncipe, con paso vacilante, llega hasta el lecho y se sienta al borde del camastro.)*

D. CARLOS.— ¿Por qué me duele tanto? ¿No habrás echado en las comidas una pócima?

ÉBOLI.— *(Débilmente.)* Señor, Dios me libre...

D. CARLOS.— ¡De cuántas cosas ha de libraros vuestro Dios bendito! *(El príncipe tiembla.)*

ÉBOLI.— Acostaos, señor, estáis temblando...



D. CARLOS.— *(Como para sí, estremeciéndose.)* ¡Cuándo terminará este invierno infinito!

ÉBOLI.— Es verano, señor. La fiebre os hace sentir frío.

*(El príncipe, en un supremo esfuerzo, se incorpora y mira al de ÉBOLI.)*

D. CARLOS.— ¿Es verano? *(ÉBOLI asiente.)* Verano... ¡Y tú, aquí, para decirme! ¡Siempre aquí, tú, como el adelantado del infierno! Para decirme que es verano cuando tiemblo de frío. Para decirme que puedo comulgar porque ha vuelto la lucidez a mi cabeza... Para ver cómo me extingo poco a poco... ¡Buen notario tiene en ti el rey! *(Jadea. Vuelve a sentarse.)* ¿Sabe mi padre en qué estado me hallo? *(Silencio del de ÉBOLI.)* ¿Lo sabe, Ruy Gómez?

ÉBOLI.— El rey lo sabe todo.

D. CARLOS.— *(Mueca.)* Como Dios... Es decir, dudo mucho que el Supremo Hacedor... sepa lo que piensa... mi padre... ¿Ha dicho si vendrá?

ÉBOLI.— Nada ha dicho.

D. CARLOS.— No, no vendrá... después de tantos meses sin apiadarse de mí, sin visitarme... sin permitir que nadie, ni la reina, me visite... ¿Por qué había de venir hoy, verdad?

*(El príncipe, agotado, se deja caer de nuevo en el camastro, quedando sentado en su borde. Se lleva las manos al vientre en un tremendo gesto de dolor.)*

ÉBOLI.— Acostaos, señor.

D. CARLOS.— *(Voz débil.)* Voy a morir ¿verdad? *(El PRÍNCIPE DE ÉBOLI no responde.)* ¡Mi mayordomo calla! *(Para sí.)* Voy a morir... *(Jadea. Nuevo gesto de dolor.)* ¿Habéis... notificado a mi padre que le perdono como vos me ordenasteis hacerlo? ¿Qué he de perdonarle, Éboli? ¿Que me haya engendrado...? *(Aprieta los dientes.)* Pues bien, ya le he perdonado... ¿Se lo has dicho? *(ÉBOLI asiente.)* ¿Y a Quijada y a Fajardo y a Manrique y a mi tío don Juan de Austria... les has hecho llegar mi perdón? *(Asiente de nuevo el de ÉBOLI.)* También a ti... te perdono, Ruy Gómez...

ÉBOLI.— Sois muy generoso, alteza.

D. CARLOS.— ¿Sabes por qué? (*Ríe con débil risa.*) Porque pienso que mi perdón no os servirá cuando hayáis de dar cuentas al Rey de los reyes... Él os castigará... Él sabe que en su nombre cometéis las mayores vilezas y que a su amparo desatáis vuestro odio y en su nombre aniquiláis la vida... Os perdono a todos porque sé que Él no puede perdonaros si es de veras la Suma Justicia... Os perdono porque ya me es igual. Ante la muerte tú y el trono y la guerra de Flandes y mi padre y sus santas reliquias dais una risa tremenda... Me pregunto por qué los moribundos, que sentirán los mismos deseos de reír que yo siento, no rien, como tampoco ríe el desdichado príncipe de España... Las fuerzas faltan y no se puede derrochar el poco aire que nos queda dentro... Hay que guardar el aire para el último estertor... ¡que si no...! (*Respira fatigosamente.*) No me extraña que el Señor, indignado con la vileza humana, enviase el Diluvio... Lo que me pregunto últimamente, sin lograr responderme, es... (*jadea más intensamente*) por qué... por qué no... envía... otro... di... diluvio a la tierra y aniquila juntos, por igual, a mahometanos... (*respira hondo y sigue jadeando ahora más intensamente.*) calvinistas... luterana... nos... y ca... tólicos...

ÉBOLI.— ¡Alteza, acabáis de recibir la Santa Comunión!

D. CARLOS.— Mi padre... luego de recibirla, decreta la muerte de algún semejante... y piensa ir al cielo... ¡Jesús! cuánto tarda el final (*Su respiración ahora es muy superficial, agobiante.*) Siempre que he esperado algo... que creía im... portante..., her... moso..., ha tardado en llegar... o no... ha llegado... ja... más. ¿Querrá Dios castigarme... dejándome en es... te... infierno... por... los si... glos de los... siglos... contemplan... do la mirada de... mi pa... dre...? ¡Señor! ¡Aparta... de mí... es... te... cáliz...! Quiero la paz... eter... na... de la muerte... La libertad... de poder... escapar... de esta... cor... te... de fieras... tan piadosas... No quiero... seguir viendo tanta... mier... da... (*El príncipe respira hondo. Tiene la boca abierta. Trata de coger aire. Mira con terror al príncipe de ÉBOLI. Llevándose las manos al vientre, abre mucho los ojos.*) ¡Ase... sinos! (*El PRÍNCIPE DE EBOLI permanece hierático, inmóvil, mientras el clérigo hace un gesto.*) Es la... hora... de liberarme de toda esta... miseria.

*(Expira lentamente; con la boca abierta trata de coger aire. Intenta decir algo, tal vez un “gracias, Dios mío” o un “por fin”. El cuerpo del príncipe resbala hasta caer al suelo.)*

ÉBOLI.— *(Al clérigo.)* Se ha cumplido la voluntad del Señor... y de su majestad. *(El clérigo se acerca al cuerpo del príncipe y reza en latín a media voz, mientras le da su bendición.)* No se esfuerce vuestra reverencia, que por muchos responsos que se recen, los cielos no abrirán sus puertas al príncipe. Era un loco, un impío. Venid... Su majestad espera esta nueva desde hace muchos meses. Su corazón de padre no hallará consuelo. Su alegría de rey de España no tendrá límite. Vamos...

*(Salen el clérigo y el de ÉBOLI. El cuerpo del desdichado príncipe de España queda en el suelo inmóvil, hecho un ovillo.*

*Se empieza a oír un canto religioso que se mantendrá, sin cesar y como fondo, durante toda la escena siguiente, hasta el final de la obra.)*

*(Oscuro.)*

## ESCENA X

*(Sobre un practicable situado a regular altura, y al fondo de la escena el rey, arrodillado en un reclinatorio, ora o medita en silencio. Tras él, inmóviles, están ERASO, la reina y el PRÍNCIPE DE ÉBOLI. En el borde del practicable donde se encuentran, frente al espectador, veremos el marco de un balcón y una balaustrada de piedra o algo que la sugiera. El rey viste, por primera vez en la obra, de negro. La reina, de blanco. Por uno de los laterales se empieza a oír murmullo de voces. El PRÍNCIPE DE ÉBOLI avanza hasta el balcón y mira el lateral.)*

FELIPE II.— ¿Qué ocurre?

ÉBOLI.— Señor, disputan vuestros nobles el privilegio de cargar con el ataúd de su alteza.

*(El rey se santigua y avanza hacia el balcón que deja libre ÉBOLI.)*

FELIPE II.— ¡Guarde silencio la comitiva! ¡Yo dispondré el orden que llevará el cortejo hasta el sepulcro...! Primero las cofradías, luego las órdenes religiosas y después el cadáver *(Empiezan a desfilar por la escena, casi en penumbra, las siluetas de las cofradías y las órdenes religiosas.)* Por turno llevarán el féretro los duques del Infantado y de Medina de Rioseco, don Antonio de Toledo, el condestable de Castilla, los marqueses de Sarriá y de Aguilar, los condes de Chinchón, de Lerma y de Orgaz y el virrey del Perú. *(Cruzarán el ataúd y detrás un nutrido cortejo de sombras. Mientras se aleja la comitiva, los cánticos se siguen escuchando.)*

FELIPE II.— *(Ya vacía la escena. A ERASO y ÉBOLI.)* ¡Cuánto amaban al príncipe mis nobles vasallos! ¡Todos disputaban por llevarle al sepulcro! Si no ordeno el cortejo, aún seguirían disputando por gozar el privilegio de cargar con mi hijo... Mi pobre hijo, el heredero de España... *(Va de nuevo hacia el reclinatorio y cae de rodillas. Solloza.)* ¡Señor! ¿Por qué me has privado de este hijo? ¡Del único heredero! ¡Señor, tú también fuiste Padre y perdiste a tu Hijo! Eraso, despacha correos a todas las cortes y a Roma, comunicando la tremenda desgracia que me aflige. ¡Di al mundo entero que el cielo se ha llevado para siempre a mi hijo y heredero...! Por cierto, Eraso ¿se escribió a mi suegra pidiéndole la cuna de San Luis?

ERASO.— ¡Sí, majestad!

*(El de ÉBOLI se marcha discretamente, en silencio.)*

ISABEL.— Señor ¿no acompañáis a vuestro hijo?

FELIPE II.— ¿Cómo iba a acompañar a semejante pecador? ¿Dónde? ¿A los infiernos? Señora, os tengo prohibido hablar de él. ¡Vos debéis dedicaros con todas vuestras fuerzas a cuidar de vuestra preñez! *(Se abraza al vientre de la reina, que está junto a él. El rey permanecerá arrodilla-*

do.) En este vientre alienta sin duda el heredero de España. Será Felipe Tercero que engendrará a Felipe Cuarto, que engendrará a Felipe Quinto. ¡Vendrán a gobernar este bendito pueblo de católicos fervientes, de ejemplares vasallos, a los que ni la herejía ni ninguna nefasta corriente del pensamiento conseguirán manchar! ¡Este pueblo virgen, de siervos ejemplares, que todo lo asienta en la fe! Fe inquebrantable que se hará eterna por el milagro de la sucesión. ¡El príncipe ha muerto! ¡Viva el vientre hinchado de la reina! *(Besa apasionadamente el vientre de la reina.)* En vuestro vientre está la certeza de que jamás la herejía invadirá este reino! Hasta el juicio final...

*(La reina se desprende del abrazo del rey y se aleja en silencio.)*

ISABEL.— *(Antes de irse.)* ¿Y si es otra hembra?

FELIPE II.— ¡Fornicaré hasta llenaros de machos!

*(La reina sale. Se va llorando en silencio. ERASO avanza un paso hasta el rey.)*

ERASO.— Señor... el mensajero del duque de Alba espera vuestra decisión. El duque solicita licencia para degollar a Egmont y Hornes.

FELIPE II.— ¡Mi fiel duque de Alba...! ¡Ha cumplido su palabra! ¡Degollará a todos los herejes! ¡Eraso, dile que le autorizo, sí! ¡Y dile también que su lealtad contribuye hondamente a crear un hermoso y nuevo mundo de paz y de esperanza!

*(ERASO ha hecho una reverencia y sale. Por uno de los laterales, mientras el rey vuelve a su inefable actitud devota, entra corriendo el enano ESTEBANILLO. Al llegar al centro de la escena mira hacia lo alto, al rey, y le hace una pedorreta.*

*Luego se vuelve al público y le hace otra. Se va por el lado contrario haciendo cabriolas mientras rápidamente cae el telón.)*

